

FABRA
ESPACIOS
MACHINARIOS

2

53629

2

53629



76

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2
MADRID

NILO MARÍA FABRA

POR LOS

ESPACIOS IMAGINARIOS

(CON ESCALAS EN TIERRA)

⓪ EL DESASTRE DE INGLATERRA ⓪
EN 1910.
EL TRIUNFO DE LA IGUALDAD.
CUATRO SIGLOS DE BUEN GOBIERNO.
DIÁLOGO EN EL ESPACIO.
LA TAZA DE LECHE. - EL HOMBRE ÚNICO.
DEL CIELO Á ESPAÑA.
DOS NACIONES HERMANAS. ⓪
⓪ LA VERDAD DESNUDA. ⓪

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

—
1885

2
53629

A Excmo Sr. D. Francisco
Pi y Margall
en testimonio de amistad y
respeto

El Autor

POR LOS ESPACIOS IMAGINARIOS.

Es propiedad de su autor. Quedan hechos los depósitos que marca la ley.

Imprenta Central á cargo de Víctor Saiz, Colegiata, 6.

NILO MARÍA FABRA

POR LOS

ESPACIOS IMAGINARIOS

(CON ESCALAS EN TIERRA)

○ EL DESASTRE DE INGLATERRA ○
EN 1910.
EL TRIUNFO DE LA IGUALDAD.
CUATRO SIGLOS DE BUEN GOBIERNO.
DIÁLOGO EN EL ESPACIO.
LA TAZA DE LECHE. - EL HOMBRE ÚNICO.
DEL CIELO Á ESPAÑA.
○ DOS NACIONES HERMANAS. ○
LA VERDAD DESNUDA. ○

Francisco Pi y Suñer,
Abogado. MADRID.

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

—
1885

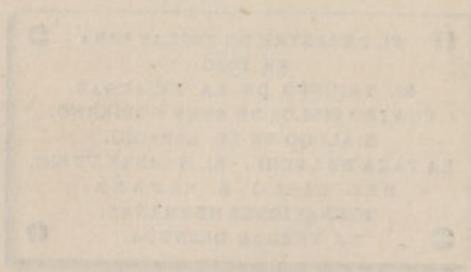


ALFONSO MARTÍNEZ

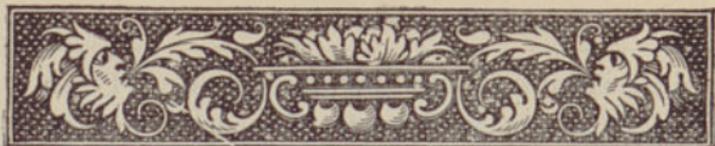
FOR LIB

ESPACIOS IMAGINARIOS

CON ESCALAS Y FIGURAS



MADRID
LIBRERIA DE TERRAZAS



EL DESASTRE DE INGLATERRA EN 1910.

(UNA PÁGINA DE LA HISTORIA DEL PORVENIR.)

AL rayar el siglo xx, el mapa político de Europa y del litoral africano y asiático del Mediterráneo fué objeto de nuevas rectificaciones. Después de varias guerras, que comenzaron con la alianza de Francia, Italia y Rusia, contra Alemania y Austria, y terminaron con la disolución del Imperio otomano, la primera de dichas potencias recuperó sus antiguas provincias de la Alsacia y la Lorena; la segunda anexionóse el Trentino y la Regencia de Trípoli, y la tercera, arrojando á los turcos de la Armenia, la Anatolia y la Siria, ensanchó sus fronteras hasta la Palestina. Convirtiése esta comarca en un princi-

pado cristiano, el cual formó parte de la Gran Confederación de Oriente, á la sazón creada y compuesta de los Estados de Servia, Rumanía, Bulgaria, Rumelia y Grecia.

Los Países Bajos y el gran Ducado de Luxemburgo, conservando cierta autonomía, ingresaron en el Imperio de Alemania; Austria-Hungría dilató sus dominios por la Bosnia, la Herzegovina y la Albania, hasta Salónica; y por fin, España y Portugal, aunque separadas políticamente, habían constituido una liga aduanera extensiva á todas sus colonias. Así es que, unidas ambas por los fuertes vínculos de los intereses comunes, prestáronse mutuo auxilio para que la una realizase su misión civilizadora en Marruecos, y para que la otra imprimiese considerable desarrollo á sus posesiones de Africa y Asia.

Abierto el canal de Panamá, la República norte-americana codiciaba el istmo; mas los Estados de la América meridional, cada día más prósperos, ricos y poblados, atentos al general interés, dominados por el instinto de conservación, y resueltos á salvar el principio de nacionalidad y de independencia, seriamente amenazado, habíanse ligado en estrecha alianza, unánimes todos en oponer infranqueable barrera á la invasión de la raza anglo-sajona sobre la latina.

El cambio político de cosas en Europa trajo consigo el de intereses, y el desenvolvimiento progresivo de las industrias continentales hizo necesaria la apertura de nuevos mercados, en particular en el extremo Oriente, hasta entonces casi monopolizados por la Gran Bretaña. De aquí que unas naciones de Europa se vieran obligadas á dirigir por nuevos derroteros su política internacional, mientras que las demás continuaban con más ahinco y energía en la que de antiguo venían siguiendo.

Alemania, con la agregación de los Países Bajos al Imperio, convirtióse en potencia colonial de primer orden. En el Asia y en la Oceanía era dueña de las islas de Sumatra, Java, Modura, de la parte meridional de Borneo y del archipiélago de las Molucas; en Africa, de territorios en la costa de los Esclavos y en la ensenada de Biafra, y de la parte del litoral del Sudoeste, comprendida entre Cabo Frío y el río Orange; y en América, de Bonaire, Curaçao, San Eustaquio y Surinam (Guayana).

Francia, después de la conquista del Tonkín, imperaba en casi toda la península Indochina.

Cada vez más florecientes las islas Filipinas, merced al régimen económico que el

Gobierno español implantó en aquel archipiélago durante el último vigenio del siglo pasado, en un corto período decuplicaron su comercio con la madre patria.

Italia trataba de fundar colonias en el Nordeste y Este de Africa, y poseía ya algunos puertos en el golfo de Aden.

No era Austria-Hungría potencia colonial, pero formaba parte de la unión aduanera alemana, y sus puertos del Adriático y el de Salónica constituían los centros naturales del tráfico y del comercio de la Europa central con el Asia y la Oceanía.

Con la ruina del Imperio otomano, que, á manera de árbol carcomido, comenzó por perder las ramas para desplomarse luego, herido en el tronco, la cuestión de Oriente, manzana de la discordia durante el siglo XIX, en los albores de la presente centuria no había hecho más que retroceder hacia el mar Rojo y el de la India. Las causas de la rivalidad existían; pero en esta lucha de intereses, todas las naciones continentales estaban enfrente de la Gran Bretaña.

Llevada esta potencia de excesiva confianza en sí misma; impotente para contrarrestar el movimiento europeo; incapaz ya de obtener la benevolencia de los Gabinetes con alianzas de familia, pues las necesidades de

los pueblos se sobreponían á las uniones dinásticas; atenta siempre al propio interés y sorda al ajeno, había cometido el grave error de perseverar en una política de ambición y de conquista, olvidando que ni su posición geográfica, ni las condiciones especiales de su organización militar, ni el carácter peculiar de su pueblo le permitían el predominio continental después de las grandes transformaciones operadas en Europa, y que la esfera de su acción, como gran potencia marítima y mercantil, estaba limitada á la posesión de colonias insulares y á la conservación de puertos en los países bárbaros que facilitasen el comercio con éstos.

Comenzó por extender su dominio por el interior de la India, sin tener en cuenta que llegaría una época en que faltaríanle ejércitos para defender aquel vasto Imperio contra un poderoso enemigo exterior; puso el pie en Egipto, y á despecho de Europa convirtiolo en posesión inglesa; empeñóse en conservar á Gibraltar, enajenándose para siempre las simpatías de los españoles, que consideraban afrentoso que un poder extranjero hollase el sagrado suelo de su patria; se atrajo la enemiga de Italia, que aspiraba á completar su unidad con Malta; sublevó contra sí la opinión pública de Francia y Alemania, que

querían Jersey y Guernesey la una, y el Heligoland la otra, correspondiendo geográficamente estas islas á dichas potencias; incitó las iras de Rusia apoderándose por sorpresa de Gallípoli, en las últimas convulsiones del Imperio turco, y por fin hizose aborrecible á Grecia al señorearse de la isla de Creta.

A estas causas de general animadversión contra Inglaterra sobreponíase, sin embargo, una más fuerte y poderosa; pues las naciones, como los individuos, en esta época de soluciones prácticas y de positivismo utilitario, obedecen más á la suprema razón de la conveniencia que á consideraciones de un orden sentimental, que en otras edades ejercieron decisiva influencia en los destinos de los pueblos.

El siglo XIX coronó la obra, en él empezada, de las grandes nacionalidades. Las más afines por la vecindad, la semejanza de sus productos ó la mancomunidad de intereses, uniéronse por medio de ligas aduaneras, que ensancharon los linderos del fisco. Poseedoras todas de industrias florecientes, para las cuales necesitaban abrir mercados, sobre todo cuando amenazaba una crisis terrible, por superar la producción al consumo; dueñas muchas de ellas de colonias en las apartadas regiones de Oriente, y manteniendo

do un activo comercio con aquellos países, sintiéndose fuertes y poderosas y dueñas de sí mismas, no podían tolerar por más tiempo que la Gran Bretaña, merced á la posesión de Gibraltar, Malta, Creta, Chipre, Gallípoli y el Egipto, imperase en el Mediterráneo como en un lago inglés, ejerciendo el dominio absoluto sobre la vía marítima más directa entre Europa y los mares de la India y de la China.

Juzgábase inevitable la guerra en época cercana, y adelantándose á los sucesos, el Gobierno de Londres ponía en tal estado de defensa los puertos y las costas de las islas con monstruosos cañones y baterías blindadas, que cualquier proyecto de invasión no sólo hubiera sido temerario, sino imposible, aun en el caso de una coalición universal contra el Reino Unido. No eran menos poderosos los medios de ataque en una lucha marítima, pues las fuerzas navales inglesas superaban á las armadas continentales juntas.

Así lo reconocieron los demás Gobiernos europeos, cuando al despuntar este siglo comenzaron á sentir la necesidad de un esfuerzo colectivo contra el enemigo común; y de aquella época (1901) data el desenvolvimiento de las marinas de guerra continentales.

La buena inteligencia que reinaba entre estas potencias permitió á todas la reducci3n de sus ejércitos, y consagrar al fomento de las armadas una gran parte de las enormes cifras que figuraban antes en los presupuestos ordinarios de los ministerios de la Guerra.

En vano la Gran Bretaña trató entonces, con la flexibilidad de una política florentina, de introducir rivalidades entre los Gabinetes europeos y de insurreccionar á los mahometanos, impelidos hacia Persia, la Arabia y el Africa Central los más, y tolerados algunos en el Asia Menor: las intrigas diplomáticas se estrellaron ante la firme voluntad de las potencias de permanecer unidas, y los musulmanes, á quienes una dolorosa experiencia enseñaba lo que podían esperar de Inglaterra, ni daban crédito á los halagos de ésta, ni por otra parte, refractarios á los progresos modernos, podían levantarse de la prostraci3n en que yacían después de las grandes derrotas que arrojaron el poder de la Media Luna del litoral del Mediterráneo y del mar Negro.

El Imperio británico estaba, pues, condenado á luchar contra toda Europa. ¿Cómo se aprestó á la guerra? Los hechos son recientes, y nuestros lectores recuerdan los prodigios llevados á cabo por aquel pueblo, en-

tonces en el apogeo de su esplendor y de su grandeza.

Creíase generalmente que la lucha no estallaría hasta la primavera de 1910; pero en los primeros días de invierno del año anterior tuvo Inglaterra grande interés en precipitar los acontecimientos.

La estación presentábase muy rigurosa, y los hielos cerraron los puertos del mar del Norte y del Báltico, bloqueando el grueso de las escuadras de Alemania y Rusia. Además, era la época más propicia para defender al Indostán de una invasión probable por parte de los rusos, y los grandes armamentos terrestres y marítimos tocaban á su término, tanto en la metrópoli como en las colonias.

En este estado las cosas, el Gobierno de Londres dispuso que se levantasen formidables fortificaciones en ambos extremos del canal de Suez, sometido á una ficticia neutralidad, pues era evidente que ésta no existía de hecho con la permanencia de los ingleses en Egipto.

Las potencias protestaron contra esta medida, intimando á Inglaterra á desmantelar los fuertes. El Gabinete de Saint-James contestó que la seguridad del territorio de su colonia le obligaba á adoptar precauciones

defensivas cuando toda Europa se estaba armando; pero que si cesaban los aprestos belicosos en el Continente, el ejemplo sería seguido por la Gran Bretaña. La réplica de las potencias fué un *ultimátum*, previniendo que si en el término de tres días no eran destruídas las fortificaciones de Port-Said y de Suez, se romperían las hostilidades.

El *ultimátum* fué rechazado, y el 2 de diciembre de 1909 pedían sus pasaportes todos los representantes de las potencias continentales acreditados en Londres, debiendo embarcarse para regresar á sus respectivos países, pues aquel mismo día los ingleses anegaron el túnel submarino de la Mancha.

Todos los cables telegráficos que unían á Inglaterra con el Continente enmudecieron; el servicio postal quedó interrumpido; cuantas naves hallábanse en los puertos británicos fueron detenidas, y el resto de Europa nada supo de allende el canal de la Mancha hasta cinco días después con referencia á los capitanes de algunos buques llegados á Brest y al Havre, los cuales avistaron en alta mar una poderosa escuadra inglesa navegando con rumbo al Sur. Poco después, el telégrafo desde Tarifa y Algeciras anunció su paso por el Estrecho de Gibraltar, y, trascurridas dos semanas, despachos recibidos por la vía

terrestre de Siria dieron cuenta de su llegada á las aguas egipcias.

Era, sin duda, la más formidable que ha surcado los mares. Componíase de 42 buques blindados de gran porte, varios avisos y 89 trasportes, conduciendo tropas de desembarco. El número de éstas, según se supo luego, ascendía á 50.000 hombres, que, unidas al cuerpo de ocupación, notablemente aumentado en los últimos tiempos, formaron un ejército de 100.000 hombres próximamente. Tales eran las fuerzas de que disponían los ingleses para defender el Egipto.

Entretanto, avanzaban por la Palestina 100.000 rusos, y gracias á las facilidades de los ferrocarriles, Alemania y Austria enviaban su contingente de 100.000 hombres cada una al ejército de Siria. Con estos 300.000 soldados, mientras se formaba en la Armenia otro ejército de reserva, proponíanse los aliados salvar el Desierto y atacar á los ingleses sobre el canal de Suez, en cuyas orillas construían, á toda prisa, campos atrincherados.

Empresa difícil era operar en pleno Desierto contra un enemigo que tenía la facilidad de comunicaciones por el Canal, y sobre todo, dueño de los de agua dulce; mas los aliados apresuráronse á suplir esta desven-

taja con todos los adelantos modernos del arte de la guerra, construyendo ferrocarriles de campaña á través de aquellas arenosas regiones.

Un ejército de 50.000 hombres, compuesto de rumanos, servios y griegos, se presentaba al mismo tiempo delante de Gallípoli y emprendía el sitio de la plaza.

Francia é Italia aprestaban sus escuadras y ponían en pie de guerra el ejército. Mas de todas las naciones de Europa, la que con más entusiasmo acogió la lucha fué España, que consideraba llegado el momento propicio de ver realizado el ferviente y unánime deseo de todos sus hijos: la recuperación de Gibraltar. Un ejército de 50.000 españoles concentrábase en las inmediaciones de esta fortaleza, construyendo una línea de atrincheramientos que cortara toda comunicación por tierra, mientras en la isla Verde de la bahía de Algeciras, cuya importante posición había sido reforzada con poderosos blindajes de acero, según el sistema adoptado por los ingleses en sus puertos, se emplazaban cuatro cañones de 120 toneladas y se construían baterías en Punta Carnero.

Unánime mostrábase el sentimiento pública en toda la Península, porque los españoles no podían borrar de su memoria la manera

como los ingleses tomaron á Gibraltar; el tratado de Utrech, que vedaba á éstos toda comunicación por tierra; la destrucción de los fuertes de San Felipe y Santa Bárbara durante la guerra de la Independencia; la constante negativa de reedificar estas fortificaciones y de devolver las piezas de artillería, á pesar de un convenio solemne; las intrusiones progresivas de la plaza; la oposición sistemática á que España adoptase medidas de defensa en su propio territorio; las amenazas del contrabando como medio de intimación; las peregrinas teorías sobre las aguas jurisdiccionales, y las evasivas diplomáticas ó el silencio irritante con que Inglaterra acogía nuestras legítimas quejas: en fin, sublevábase la conciencia universal contra la suprema razón de la fuerza bruta menospreciando la palabra empeñada, el derecho y la justicia.

Rusia, codiciosa de arrebatarse á Inglaterra una parte de comercio de la India, reservaba sus considerables huestes para la invasión de aquel dilatado Imperio, á la sazón defendido por un ejército de 150.000 europeos y 200.000 indígenas. Grandes dificultades oponíanse á su marcha á través de inmensos desiertos, elevadas cordilleras y camarcas inhospitalarias; pero contaba con fuerzas más homogéneas y numerosas que el enemigo, el

cual tenía contra sí la desventaja de verse obligado á defender una línea sumamente extensa y á conservar guarniciones numerosas en las grandes ciudades, temerosa de que los naturales, propensos á turbulencias, aprovecharsen la ocasión de la guerra para alzarse en armas.

Merced á estas circunstancias, que impidieron la reunión de un fuerte ejército británico en el Afghanistan, los rusos, que se hallaban concentrados cerca de Merw, pudieron avanzar por el Herat, y después de varios combates encarnizados, presentarse en las inmediaciones de Kandahar. Libróse allí una gran batalla, más gloriosa que de provecho á las armas inglesas, pues si bien los europeos se batieron con admirable heroísmo, las tropas indias dieron evidentes muestras de poca resistencia al operar los invasores un movimiento de flanco, que fué de éxito seguro, porque obligó al enemigo á levantar el campo y á replegarse sobre la frontera indo-afghana.

Aquella importante línea estratégica, por cuya conservación tan ahincadamente abogaban los generales ingleses á fines del siglo anterior, contuvo durante tres meses á los pederosos ejércitos que Rusia, dueña del Herat, enviaba al Afghanistan, empresa que

si en otras épocas hubiera sido ardua y duradera, pudo realizarse ahora fácil y prontamente, gracias á las vías férreas construídas en el Turkeistán y á los caminos de hierro de campaña.

Mientras aquel ejército defendía la cuenca del Indo con una tenacidad y una bizarría que constituirán una de las páginas más brillantes de la historia militar de la Gran Bretaña, el de Egipto emulaba sus proezas, rechazando en varias ocasiones los ataques de los aliados sobre el canal de Suez; pero reforzados éstos continuamente, pudo más la superioridad numérica, y los ingleses viéronse forzados á abandonar la línea del Istmo.

Acercábase la primavera y con ella el término de la ansiedad pública en el Continente, donde cifrábanse grandes esperanzas en las escuadras retenidas por los hielos del Báltico y del mar del Norte. Las demás fuerzas navales aliadas no se habían atrevido hasta entonces á emprender una campaña, limitándose á operaciones de carácter defensivo.

La escuadra británica intentó, aunque con poco éxito, el bombardeo de algunas plazas. La que bloqueaba á Cádiz merece especial mención por el descalabro que esta plaza hizo sufrir al enemigo, no sólo por los certe-

ros disparos de su artillería, sino también por el efecto de los torpedos, que echaron á pique dos buques acorazados.

Antes, empero, que las operaciones de guerra se llevasen á cabo de una manera decisiva, ocurrió un suceso que produjo general consternación en Inglaterra.

España, obrando con prudente política, habíase negado siempre á adherirse á los convenios internacionales contrarios á las patentes de corso. Esto no obstante, inspirándose en un sentimiento de hidalguía, y por no separarse de la conducta de los demás aliados, rehusó esta arma formidable, supremo recurso del débil contra el fuerte, hasta que una escuadra británica presentóse enfrente de Alicante, y sin considerar que era plaza abierta, bombardeó la ciudad de una manera cruel y despiadada. Este hecho, que los mismos periódicos de Londres reprobaban, sublevó de tal suerte la opinión pública en toda la Península, que el Gobierno se vió en el caso de expedir patentes de corso á cuantos las solicitaron.

En poco tiempo armáronse un gran número de vapores, tanto en los puertos españoles de Europa como en los de América y la Oceanía, los cuales, á pesar de la persecución de los cruceros enemigos, fueron un

verdadero azote para el comercio marítimo de Inglaterra.

Proponíase ésta proseguir con más vigor y energía la guerra, y preparaba nuevos cuerpos de ejército con destino al Egipto con los voluntarios que se habían ofrecido patrióticamente, cuando se recibió en Londres la nueva de que los aliados, después de una victoria decisiva en Tel-el-Kibir, tomaron por asalto al Cairo, defendido por mermada guarnición.

Las noticias del Indostán no eran menos desconsoladoras. La insurrección levantaba la cabeza, y los rusos habían conseguido pasar el Indo y hacerse dueños de Lahore y Delhy.

Tales desventuras, unidas á la efervescencia que reinaba en Irlanda, donde acrecentábase con pavorosas formas el espíritu de rebeldía, fueron bastante fuertes para que la soberbia Albión reconociera vencida y solicitara de los aliados un armisticio.

Celebróse por dos meses, y durante este tiempo tratáronse las condiciones de la paz definitiva. Durísimas fueron las exigidas por las potencias continentales, hasta tal punto que, á no ser por la presencia en el Canal de la Mancha de las escuadras aliadas, que reunían un número superior de buques á los

que á la sazón podía disponer Inglaterra en Europa, y sobre todo, por la situación de la India y de Irlanda, insurreccionada la una y dispuesta la otra á sublevarse por completo, el Gobierno de Londres hubiera preferido mil veces correr de nuevo los azares de la guerra.

Firmóse el tratado de paz, y, conforme se estipulaba en él, la isla de Heligolánd fué cedida á Alemania; Jersey y Guernesey, á Francia; Gibraltar á España; Malta á Italia; Creta á Grecia; Gallípoli, á la Rumelia; Chipre y el Egipto, al principado de Palestina, y el Afghanistán y el Belutchistán quedaron en poder de Rusia, sirviendo el Indo de frontera entre este Imperio y la India inglesa.

Al mismo tiempo proclamóse la absoluta neutralidad de los estrechos, y al efecto fueron desmanteladas las fortificaciones de Gibraltar, Ceuta, Gallípoli, Constantinopla, Port-Said y Suez.

Y finalmente, convínose un desarme terrestre y marítimo general, pues todas las naciones reconocieron que para salvar á Europa de la gran crisis industrial y agrícola con que amenazaba la competencia creciente de los Estados Unidos, era forzoso reducir los impuestos que pesaban sobre la riqueza pública limitando los gastos de guerra á las necesidades del orden interior, y devolver á

la industria y á la agricultura los brazos que les robaban los grandes ejércitos permanentes.

Vamos á terminar este artículo, en el cual hemos bosquejado los hechos más culminantes de 1910; pero antes cúmpenos rendir un tributo de respeto al infortunio. En presencia del desastre de la nación inglesa, de la Cartago moderna, que ha sido forzoso inmolar al equilibrio mediterráneo, alcemos sólo nuestra voz para invocar el recuerdo de los servicios inmensos que prestó á la causa de la civilización y del progreso, y meditando sobre las leyes inexorables de la Historia, no olvidemos jamás que si la caída de los soberbios levanta á los débiles y oprimidos, sirve de provechosa enseñanza á los fuertes y poderosos.

Madrid 8 de febrero de 1911.

El movimiento de 1848 en España...

En el momento de la revolución de 1848...

El movimiento de 1848 en España...



EL TRIUNFO DE LA IGUALDAD.

LA insensata tiranía de las masas inconscientes, ciegas y fanáticas, amenazaba á Europa en el orden económico. Los hijos de la industria miraban con recelo la perfección de la máquina, destinada á sustituir ó á simplificar la fuerza humana. La oposición que en los talleres de la fabril Cataluña despertaba cada adelanto en los medios de producción, trascendía á los ricos campos jerezanos, donde proferíanse amenazas de muerte contra el trabajador que emplease en las faenas agrícolas aquellos instrumentos manuales de uso más fácil y expedito.

A la utilidad egoísta, acaso momentánea, intentábase sacrificar el porvenir de la in-

dustria; al temor irreflexivo de un exceso de producción, la baratura del género, y á las asociaciones opresoras, fraguadas tal vez en el misterio, merced á la intimidación, la libertad individual y el espíritu de iniciativa, inagotables fuentes de riqueza y de progreso.

La propia voluntad y generosos impulsos del obrero supeditábanse al capricho de las colectividades veleidosas, y ante ellas enmudecía el sentimiento de justicia, y ante ellas, la razón, el sentido práctico, y hasta el personal interés, no osaban alzar voces de protesta; que á tal obcecación conduce el espíritu de clase en las perturbadas inteligencias.

A los delirios de los fundadores de las escuelas socialistas de este siglo sucedieron las extravagancias del vulgo ignorante; á las atrevidas concepciones de la imaginación creadora, el bajo instinto de la torpe envidia; á las brillantes teorías del visionario, hijas quizá de un sentimiento generoso, la pasión desenfrenada, ávida tan sólo del botín; á la revolución social, basada en sistemas quiméricos, las concupiscencias de la plebe, el vértigo de lo desconocido, la fascinación de la anarquía, la atracción del caos.

Entregado una noche á tales reflexiones,

y meditando sobre las consecuencias que podría tener la nivelación de la fortuna que acaricia la imaginación del vulgo, lentamente desvaneciéronse las ideas en mi cerebro, y tomando formas vagas, incoloras y difusas, no sé si de pronto ó al cabo de un buen espacio—porque es imposible medir la misteriosa cadena que enlaza la vigilia con el sueño—me hallé en ese mundo lleno de claridades en medio de las tinieblas, de olvidados recuerdos que despiertan, de imposibles que se allanan, de marchitas esperanzas que reverdecen, de acontecimientos que surgen sin lugar ni tiempo, de conceptos lógicamente enlazados ó de pronto interrumpidos con extravagantes ideas; en ese estado, en fin, en que descansa la razón y vela la locura.

Imaginé que me hallaba en una tribuna del Congreso. Las Cortes españolas acababan de votar la nivelación social. No más ricos, ni pobres, ni propiedad: todos los españoles de ambos hemisferios debíamos ser iguales por la fortuna: la demencia del equilibrio de la suerte era señora del mundo.

Mas ¿cómo hacer el reparto? He aquí el difícil, arduo y pavoroso problema que absorbía por entero la atención de los legisladores y del pueblo.

Elocuentes discursos se alzaban en el augusto recinto; frenéticos aplausos recompensaban los arranques oratorios de la gloriosa tribuna española, sin rival por la majestad y la grandeza; las pesadas máquinas tipográficas, á las cuales aligera el tenue vapor, giraban incesantes despidiendo la palabra escrita; el pueblo se apoderaba con ansia del delgado papel mensajero de la buena nueva; la plaza pública convertíase en palenque de controversia, y con ella emulaban la cátedra, el palacio, el círculo y la humilde vivienda del jornalero; cantaba el poeta, en inspiradas estrofas, el triunfo de la igualdad; el estadista ponía en tortura su inteligencia, buscando una fórmula de todo punto niveladora; meditaban los sabios; la osada presunción daba á los vientos de la publicidad las más peregrinas soluciones; conmovíase el país desde sus cimientos; la nación en masa deliberaba; pero la resolución del problema, el procedimiento verdaderamente igualador seguían en pie.

Los altos poderes, en los cuales reside la facultad de hacer las leyes, acordaron que el Estado se incautase de todo, obra hacedera en quien disponía de la fuerza; pero el Estado, á su vez, debía repartir la masa común entre los españoles, en proporciones comple-

tamente iguales; empresa ante la cual mostrábanse perplejas las Cortes, indeciso el Gobierno, impaciente la plebe y suspensos los ánimos de todos.

Proponían unos que la riqueza se repar-tiese á prorrata; pero ¿cómo se dividía una ciudad, por ejemplo, aunque no fuese más que entre sus habitantes, dadas las diferentes condiciones de los edificios, ni aun una casa entre sus inquilinos, variando el valor de cada piso, ni una comarca, en vista de la discrepancia de los terrenos, ni siquiera una propiedad rural, cuando las divisiones no podían ser homogéneas?

Pedían otros, entre los cuales predominaba el elemento ministerial, que el Estado repartiase los bienes según las obras de cada uno; pero ¿qué orden, qué equidad ni qué justicia presidirían á la distribución en un país donde la mayor parte de los destinos públicos, los ascensos y las mercedes venían siendo, más que recompensa del mérito, de la virtud ó de los servicios, producto de la cá-bala política, del ciego favor ó del nepotismo erigido en sistema? Semejante medio pug-naba con el principio nivelador votado por las Cortes, pues constituiría, al cabo, el más irritante de los privilegios: el privilegio del valimiento.

¿Y qué diré de los que querían apelar á la insaculación para el reparto, creando la aristocracia del azar?

Un partido numeroso inclinábase al comunismo *icario* de Cabet, confiando al Estado las funciones de curador de todos los españoles; pero ¿qué fuera de éstos á merced de la omnipotencia administrativa con todo el lujo de expedientes inacabables, de resoluciones contradictorias y de leyes y reglamentos arbitrariamente interpretados? ¿Qué de la libertad individual en perpetua tutela de una burocracia opresora é indolente?

Los *sansimonianos*, que también los había, proclamaban la excelencia de sus doctrinas; mas ¿qué igualdad era de esperar en un sistema eminentemente jerárquico?

Los *falansterianos* pretendían, en vano, levantar cabeza. El pueblo mostrábase refractario á la vida monacal laica.

Triunfante la negación, que constituía la base del socialismo, ni los legisladores, ni la prensa, ni el instinto del pueblo presentaban una afirmación práctica que obtuviese la aquiescencia del mayor número.

Agolpábase la multitud en la plaza de las Cortes, y pedía á voces que éstas diesen una inmediata solución al asunto entonces objeto de caluroso debate, y la fórmula iguala-

dora, con tanto afán buscada, no adelantaba un paso.

Crecía la inquieta muchedumbre allí reunida; cual río desbordado, las oleadas de gente invadían el peristilo; desgajábanse los árboles al peso de la curiosa juventud; el popular tumulto ensordecía el aire, y todo era confusión, bullicio, despecho y desenfreno en la plaza, y sobresalto, duda, miedo é incertidumbre dentro del augusto recinto de la Cámara.

De pronto rechinaron los goznes de la puerta principal, que permanece generalmente cerrada, abriéronse de par en par las macizas hojas, y apareció bajo el dintel un anciano decrepito, de grave aspecto y reposado continente.

Era un diputado, objeto de universal consideración, aunque no siempre oído por el Congreso.

A su presencia apaciguáronse algún tanto los ánimos; retrocedieron las invasoras turbas, dejando libres las gradas del Palacio; poco á poco se fué apagando el popular clamoreo, y por fin, al levantar el viejo la mano en actitud de que iba á hablar, hízose la calma en medio de la apiñada muchedumbre.

Reinaba profundo silencio, interrumpido

tan sólo por el aire al azotar la gloriosa bandera enhiesta en lo más alto del monumental edificio, cuando el venerable anciano, adelantándose hasta el borde de la meseta, soltó la voz á semejantes razones:

«Ciudadanos: Las Cortes, doblégándose á vuestra voluntad, votaron la nivelación de la fortuna; pero las Cortes, en su elevada sabiduría, no encuentran ¿á qué negarlo? el medio práctico, ordenado y pacífico de dar cumplimiento á su acuerdo.

»La propiedad, como la naturaleza, es varia y múltiple en sus diferentes manifestaciones, y distribuirla por igual entre todos los españoles, pretensión que no cabe más que en la desordenada fantasía de los dementes, ó en la cándida ignorancia de los ilusos, ó en la torcida intención de los malvados.

»Mas aunque fuese obra fácil y hacedera esa distribución de bienes, ¿olvidáis acaso que, apenas conseguida, produciría forzosamente una reacción, dando al traste con la igualdad, el trabajo sobreponiéndose á la pereza, la inteligencia á la ignorancia, la economía al despilfarro, y el ánimo esforzado é iniciador al instinto pusilánime y rutinario?

»No os queda, pues, más recurso que apelar al Estado, para que éste distribuya equi-

tativamente el producto del capital y del trabajo entre todos los españoles.

»Pues bien: quiero admitir en ellos una perfección ajena á la naturaleza humana. Supongamos que seguirán trabajando en provecho de la comunidad con el mismo ardor y constancia con que se sacrifican por el propio interés, por el de sus familias y por el porvenir de sus hijos; supongamos una organización administrativa superior á todo encarecimiento en el Estado, y supongamos, en fin, que éste recaude integralmente cuantos beneficios obtengan los españoles de ambos hemisferios en concepto de rentas, sueldos, jornales, honorarios, etc., y que después distribuya el total por partes iguales: ¿sabéis cuánto corresponde á cada individuo?

»Voy á demostrároslo con la elocuente lógica de las cifras.

»No hay en España datos oficiales bastantes para poder apreciar con exactitud los beneficios del capital y del trabajo; pero tomando por punto de partida el presupuesto, no será aventurado suponer que ascienden aquéllos á una cantidad diez veces mayor que la recaudación obtenida por el Estado.

»Los presupuestos de la Península y Ultramar se elevan á las siguientes cifras:

	Pesetas.
Península.	802.376.886
Cuba.	179.301.248
Filipinas.	81.079.367
Puerto-Rico.	19.323.072
Fernando Póo.	373.420
<i>Total.</i>	<u>1.082.453.993</u>

»Si ésta es la décima parte de las utilidades de todos los españoles, resulta que aquéllas ascienden á la cifra anual de pesetas 10.824.539.930.

»Y tened en cuenta que si de algo peco en este cálculo, es de exageración; pues en Francia, con un presupuesto de 3.561.978.092 francos, los beneficios por todos conceptos obtenidos por los habitantes de aquella República se evalúan sólo en unos 20.000 millones.

»Admitamos, sin embargo, la cifra de 10.824.539.930 pesetas. Esto es en último caso, y suponiendo que todos sigan trabajando como hasta ahora, lo que puede repartirse anualmente entre los españoles.»

La muchedumbre, que durante el discurso del orador había dado varias veces muestras de impaciencia, al oír la enorme cifra de diez mil ochocientos y pico de millones anuales á repartir, prorrumpió en frenéticos aplausos.

«¡Ya tenemos la solución!—decían las gentes;—¡ya está resuelto el problema! ¡Que se incaute el Estado de cuanto perciban los españoles por el capital y por el trabajo en todas sus manifestaciones, y que lo distribuya por igual entre los ciudadanos! ¡Esta sí que es la verdadera nivelación!»

Los aplausos atronaban el aire; los espectadores abrazábanse unos á otros; los periódicos preparaban suplementos; la oficiosidad novelera corría desaforada, anunciando por do quier la fórmula niveladora; el telégrafo no se daba punto de reposo, trasmitiendo á las provincias y á los remotos dominios españoles la buena nueva; todo era algazara y regocijo, y fiestas, y entusiasmo indescribible.

El anciano, entre tanto, indiferente al general alborozo, de pie en el peristilo del Congreso, cruzados los brazos, miraba con irónica sonrisa al agitado auditorio que invadía la plaza y sus avenidas.

Al cabo de buen espacio restablecióse el silencio, y el orador prosiguió su discurso.

«Vamos á ver, dijo, el número de españoles que existen, según los últimos datos estadísticos oficiales, y la cantidad que á cada uno corresponde.

»Debo advertir que incluyo á todos, pues

ante la igualdad, lo mismo debemos considerar al prócer que al humilde indio que en las apartadas regiones del extremo Oriente contribuye con su sangre y con el sudor de su frente á la defensa y á la prosperidad de la patria común.

»La población de España y de sus dominios de Ultramar es la siguiente :

	Habitantes.
Península, islas adyacentes y posesiones de la costa septentrional de Africa. . .	16.625.860
Filipinas.	5.561.232
Cuba.	1.449.182
Puerto-Rico.	754.313
Posesiones del Golfo de Gui- nea.	35.000
<i>Total habitantes.</i>	<u>24.425.587</u>

»Hay que dividir, pues, las 10.824.539.930 pesetas que obtienen de beneficio los habitantes de España y de sus Indias, por 24.425.587 á que ascienden éstos, lo cual nos da un cociente de 443 pesetas 163 milésimas.

»Esto es lo que correspondería á cada español al año si no tuviésemos deudas sagradas, contraídas con extranjeros, las cuales nuestra honradez y nuestra hidalguía nos obligan á satisfacer.

» Dichas deudas representan los siguientes intereses anuales:

	Pesetas.
Intereses de la renta al 3 por 100, reconocida al Gobierno de Dinamarca. . . .	97.500
Idem de la deuda perpetua al 4 por 100 exterior.	78.846.040
Idem del 2 por 100 exterior..	6.529.135
Anualidad del empréstito Rotschild.	3.750.000
Idem del anticipo Fould. . . .	2.575.000
3 por 100 exterior no convertido.	900.000
<i>Total.</i>	<u>92.697.675</u>

» Si dividimos estas 92.697.675 pesetas por los 24.425.587 habitantes de España y de sus provincias ultramarinas, resulta que cada uno debería contribuir para el pago de las deudas exteriores con 4 pesetas 122 milésimas.

» Deduciendo esta cantidad de las 443 pesetas y 163 milésimas, quedan 439 pesetas y 40 milésimas.

» Tal es la asignación anual, dentro del criterio más optimista, á que tendríais derecho, en la suposición quimérica de que no variasen las condiciones del trabajo desde

el momento en que el producto de éste fuese propiedad del Estado.

»A lo sumo, pues, corresponderían á cada español 439 pesetas y 40 milésimas al año, ó sea UNA PESETA Y VEINTE CÉNTIMOS próximamente al día.

»¡Tal es la verdad! ¿Os conformáis con este jornal?...»

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Abajo la verdad! ¡Fuera! ¡Fuera!—gritó la muchedumbre indignada, arrojándose sobre el indefenso y venerable anciano...

*
* *

Y desperté cuando la Verdad, investida con el carácter de legislador, era atacada por las ciegas pasiones de la plebe; y al encontrarme otra vez en el mundo real, seguía el atropello.

¡Perpetua lucha de la negación contra la evidencia, que no tendrá fin; porque el manantial del error que brota en las últimas capas sociales es inagotable, como el agua de las caudalosas arterias subterráneas, y como ella enemigo de la luz, tiende incessante á guarecerse en las vírgenes tinieblas!



CUATRO SIGLOS DE BUEN GOBIERNO.

(NOVELA DE LA EDAD MODERNA.)

I.

EL príncipe D. Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos, bajó al sepulcro el 4 de octubre de 1497, y su hermana mayor, D.^a Isabel, reina de Portugal, sucedióle en el derecho de heredar el trono de Castilla, según las leyes de este reino; lo cual no impidió que Felipe *el Hermoso*, casado con D.^a Juana, hija segunda de aquellos monarcas, reclamara para sí y para su esposa el título de Príncipes de Asturias.

Los soberanos españoles apresuráronse á protestar contra tan injustificada pretensión, y resueltos á destruirla por completo, llamaron á sus hijos, los de Portugal, y en 29 de

abril de 1498 hicieron reconocer y jurar por las Cortes, reunidas en Toledo, á D.^a Isabel, esposa del rey D. Manuel, por sucesora legítima de la corona de Castilla; mientras, don Fernando convocaba, para el 2 de junio del mismo año, las Cortes aragonesas, á fin de que éstas, por la parte referente á aquel reino, tomaran el mismo acuerdo.

Graves dificultades opusieron las de Zaragoza á los deseos de la familia Real, que de propósito había ido á dicha ciudad, pues la mayor parte de los representantes, invocando las leyes de Aragón, á pesar de ejemplos contrarios, profesaban el principio de que las hembras eran excluidas en la sucesión del trono. Después de prolija controversia, decidióse diferir la resolución hasta que ocurriese el alumbramiento de la hija mayor de los Reyes, que se hallaba en cinta; con objeto, en el caso de nacer un niño, de proclamar á éste por heredero de la corona, en virtud de la disposición testamentaria de D. Juan II, según la cual á falta de hijos varones se reconocía el derecho de sucesión á los descendientes varones de las hijas del monarca.

Conciliados sobre este punto los opuestos pareceres, no suscitó oposición alguna el reconocimiento del príncipe D. Miguel, á quien dió á luz, á costa de su vida, la virtuosa

princesa D.^a Isabel el 23 de agosto de 1498, en la misma ciudad de Zaragoza. Los cuatro brazos del reino de Aragón, reunidos el 22 de setiembre, confirmaron su acuerdo con la jura solemne del tierno nieto de los Reyes Católicos, é hijo primogénito de los de Portugal.

En los primeros días del siguiente año, las Cortes de Castilla, congregadas en Ocaña, y en 17 de marzo las de Portugal en Lisboa, declararon á D. Miguel legítimo heredero de los respectivos reinos.

.....

.....

Don Miguel I (1) fué proclamado rey de Castilla en 1504, por muerte de D.^a Isabel *la Católica*; de Aragón en 1516, al espirar don Fernando, y de Portugal, en 1521, en cuya época ocurrió el fallecimiento de don Manuel *el Grande*.

Frisaba con los veinticuatro años el ilustre nieto de los Reyes Católicos, cuando juntó las coronas de Castilla, Aragón, Portugal y Navarra, en la Península, y fuera de ella, las

(1) El príncipe D. Miguel, á quien hace reinar el autor de esta pseudohistoria, murió en Granada el día 20 de julio de 1500, á la temprana edad de dos años, por desgracia de España, que cifraba en aquel niño las más halagüeñas esperanzas.

de Nápoles y Sicilia; con las colonias de las Indias Orientales y Occidentales, que á la sazón acrecentaban con pasmosa rapidez los navegantes españoles y portugueses.

Era D. Miguel un monarca de ánimo esforzado, de actividad incansable y de reflexivo y cultivado entendimiento. De su abuelo don Fernando heredó aquella sagacidad y diplomacia que hicieron de él uno de los más hábiles políticos de su tiempo; de su abuela, la Reina Católica, los generosos impulsos y la tenaz perseverancia que dieron un mundo á España y completaron la obra de la Reconquista; de su madre la piadosa D.^a Isabel los más puros sentimientos religiosos, aunque ajenos de superstición y fanatismo, y por fin, de su padre el rey D. Manuel, aquel incesante deseo y noble ardimiento con que protegía y estimulaba las atrevidas empresas encaminadas á coronar la obra iniciada en Occidente por el genio portentoso de Cristóbal Colón, y en Oriente por la constancia indomable de Vasco de Gama.

Mas sobre tan relevantes cualidades descollaban en el joven soberano otras superiores á ellas, en una época en que las tendencias de un orden sentimental ahogaban la voz de la razón y de la conveniencia, y eran el sentido práctico, el claro y recto juicio y

el espíritu eminentemente utilitario que presidían á todos los actos de su política.

Abatida la grandeza turbulenta en el anterior reinado; reducidos á la impotencia aquellos soberbios magnates que ultrajaban la majestad del solio; respetado en todas partes el poder Real; reformadas las órdenes religiosas, merced al cristiano celo de Isabel, secundado por la austera energía de Cisneros, que durante la menor edad del Rey intervino en la gobernación de Castilla; organizada la Santa Hermandad, milicia creada para la defensa del orden social, que convirtióse en vigoroso campeón del trono contra las demasías de la nobleza, el gran rey don Miguel comprendió que el reposo, la prosperidad y la ventura de su dilatada monarquía estribaban en el respeto de las venerandas instituciones populares y en el paulatino desenvolvimiento de éstas, unidas en estrecho é indisoluble vínculo con la Corona.

Era al propio tiempo forzoso dar cierta unidad á aquellos estados peninsulares, que discrepaban entre sí por sus leyes, usos, costumbres, y hasta por su lengua, y al efecto, con prudentes medidas, sin lastimar las preocupaciones locales, fué preparando la senda del sistema que alcanza tan alto grado de perfección en nuestros días, gracias al uná-

nime concurso del cuerpo electoral, al desinterés de los representantes del país, y á la sinceridad y rectitud de los gobiernos: lógica consecuencia de los progresos de las costumbres políticas, después de tantos siglos, sin solución de continuidad, de un régimen encarnado en el espíritu de la nación ibérica.

En medio del caos en que estaban sumidas entonces las ciencias económicas, dió don Miguel un raro ejemplo de previsión facilitando el libre tráfico entre todos los reinos europeos sometidos á su cetro, haciendo extensivos á los puertos de los mismos el privilegio, de que disfrutaban Sevilla y Lisboa, de contratar con las Indias, y por fin, autorizando, aunque con algunas restricciones, el comercio exterior. Si bien rindiendo tributo á las ideas proteccionistas de la época, ó acaso impulsado por un móvil de alta política, prohibió en absoluto toda comunicación entre las colonias y los puertos extranjeros, permitió, en cambio, la extracción del oro y de la plata de la Metrópoli; metales que, abundando con exceso desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, encarecían las mercancías y la mano de obra. Los resultados de esta sabia medida fueron tan inmediatos como eficaces: derramándose el numerario

sobrante por Europa, abrió vastísimo mercado á las transacciones, acrecentóse en extremo con los retornos la riqueza pública, y restablecióse el perdido equilibrio de la balanza mercantil, librándose la nación de verse pobre en medio de la superabundancia de aquellos metales preciosos estancados.

La supresión de las trabas impuestas al comercio colonial, y la concesión á todos los puertos de la Monarquía de las franquicias que gozaban sólo Sevilla y Lisboa, contribuyeron en gran parte al afianzamiento de la unidad nacional; porque eran tan pingües los beneficios que reportaba el tráfico con los países ultramarinos á la industria y á la agricultura, que los diferentes reinos quedaron ligados entre sí en inquebrantable lazo por un derecho recíproco, por una utilitaria conveniencia y por una asociación de intereses materiales, vínculos más estrechos y poderosos que los creados por las combinaciones políticas, el espíritu regional ó la fuerza de las armas.

Además, con esta reforma aceleróse el desarrollo y la prosperidad de las colonias, porque la emulación y la competencia, que nacieron al amparo del libre comercio, confirmaron pronto la bondad de una ley económica revelada palpablemente por la experiencia.

Tal fué en resumen la política interior del rey D. Miguel.

En cuanto á la exterior, tuvo por constante objetivo los altos intereses del cristianismo y de la civilización, la defensa de la unidad nacional, el bienestar de sus súbditos y la seguridad del tráfico. Atento sobre todo á la situación geográfica de la Península, que constituía el núcleo de sus vastos dominios; con sobradas tierras, en los extremos Oriente y Occidente, por colonizar; con un enemigo en la costa opuesta del Mediterráneo á quien someter, comprendió que Iberia debía vivir, en lo posible, alejada de toda ingerencia en el resto de Europa, prescindiendo de aquellos derechos señoriales que no afectasen de un modo directo al porvenir de la patria. Así es que no mostró empeño en conservar el reino de Nápoles, eterna causa de discordias con Francia, seguro de que la posesión de aquel territorio pudiérale distraer de empresas más provechosas. En cambio retuvo y fortificó á Sicilia, que por su carácter insular era más fácil poner á cubierto de los ataques enemigos, y que por su posición estratégica constituía uno de los fuertes destacados para proseguir la guerra contra el islamismo.

Vencer á éste y conquistar aquellos países,

separados de España por un brazo de mar, fué el propósito de toda su existencia, y á esta política, con perseverancia seguida en los siglos posteriores, débese la formación del grande Estado ibero-africano, que tiene por linderos, al Norte, el Garona; al Sur, el Atlas, y al Este, el desierto de la Libia.

Para el logro de tan altos fines, y sobre todo para la defensa de las apartadas colonias, dedicóse con particular predilección al fomento de la armada y á la creación de ejércitos permanentes, obra patriótica que con el mismo ardor continuaron sus sucesores, y así, ni los venecianos y turcos primero, ni los holandeses é ingleses después, pudieron hacer frente al poder marítimo de Iberia, la cual consiguió de esta suerte, no sólo dar feliz remate á la obra de la conquista de Africa, sino también salvar de la rapacidad extranjera las dilatadas colonias de la América del Sur, y sobre todo, el rico imperio indostánico, donde los portugueses habían fundado las primeras factorías.

Sobre tales cimientos asentada la política de la nación; sinceramente unida la dinastía tradicional con las instituciones populares; hermanado el trono con las libertades públicas, que el espíritu de los tiempos ha ido perfeccionando sin revoluciones ni violencias; ins-

pirados los altos poderes en los grandes intereses permanentes del país; seguida sin interrupción, en el espacio de cuatro siglos, la senda trazada por D. Miguel I, ¿debe sorprendernos acaso que Iberia, á pesar de sus vicisitudes, de sus crisis y de los grandes conflictos surgidos en Europa y América, sea todavía la primera potencia del mundo?

Aquel gran Monarca, imitando á sus ilustres abuelos los Reyes Católicos, no tuvo residencia fija en ninguna de las ciudades de la Península; pero en el reinado siguiente tratóse de designar la capital definitiva de la Monarquía. Era este punto motivo de rivalidades y de discordias entre varias poblaciones de los antiguos reinos, y el Soberano no quiso tomar resolución alguna sin el concurso de las Cortes. Con este motivo convocó por primera vez, en un solo Cuerpo, las de los diferentes reinos, dando además voto á las ciudades y pueblos importantes que carecían de él. Esta novedad, recibida con universal beneplácito, fué un gran paso hacia el perfeccionamiento del sistema parlamentario.

Congregáronse las Cortes en Toledo, y después de animados debates prevaleció el dictamen de la conveniencia pública, sustentado especialmente por los procuradores de

los pueblos que por primera vez hacían uso del derecho de representación.

Toledo fué declarada capital de Iberia.

Las Cortes, no obstante, al proponer al Rey esta medida, le suplicaron encarecidamente que visitase con mucha frecuencia las grandes poblaciones de los antiguos reinos, para ver de cerca sus necesidades.

Situada Toledo en la margen de un río caudaloso, en el centro de la Península, con una extensa vega, numeroso vecindario, florecientes industrias y activo comercio, abundante de buenos materiales de construcción, próxima al delicioso sitio de Aranjuez, llena de monumentos que atestiguaban sus antiguas glorias, y residencia del primado de España, parecía el punto destinado á ser el corazón de una gran potencia.

Acordóse que en lo sucesivo se reunirían en Toledo los procuradores de todos los reinos, cuando fuesen convocados por el Monarca para tratar de asuntos de interés general, sin perjuicio de las juntas parciales de cada uno de ellos en las cuestiones de carácter regional; y después las Cortes votaron un impuesto destinado á la construcción en la vega del soberbio edificio, asombro de propios y extraños, donde todavía celebran sus sesiones las Cámaras del reino.

En torno de aquel monumento, símbolo de las libertades patrias, repartida en anchas plazas y espaciosas calles tiradas á cordel, se fué edificando la ciudad moderna. Allí, en las márgenes bajas del Tajo, se admiran en el día las casas solariegas, propiedad de las más ilustres familias del país; numerosas y artísticas iglesias del estilo del Renacimiento; el Palacio Real, situado en la orilla izquierda del río, que deja atrás al Louvre y á las Tullerías por su extensión y magnificencia; grandes museos, donde descuellan las obras del genio ibérico y se estudian los progresos de sus civilizadoras conquistas; la Universidad y considerables establecimientos de enseñanza, que ofrecen á la juventud, sin estipendio alguno, el pan del alma, y al verdadero mérito y al probado saber, justa y liberal recompensa; vastos cuarteles, albergue de los que en extranjero suelo esgrimen las armas, jamás manchadas de española sangre; suntuosos Tribunales de justicia, amparo sólido y diligente de la razón atropellada; la casa del Ayuntamiento, centro de noble desinterés y cívica perseverancia; cómodos y elegantes coliseos, palenques sólo del arte nacional; los Ministerios, término glorioso de la reconocida competencia y de la acrisolada rectitud; la grandiosa Bolsa, mercado

universal de valores y santuario de la probidad y de la buena fe; el Banco, activo servidor del crédito ajeno y fiel guardián del propio; parques y paseos, con profusión de estatuas erigidas á los preclaros hijos de Iberia, y en magnífica abundancia, elegantes fuentes y murmuradoras cascadas; una campiña poblada de árboles seculares y de pintorescas quintas, donde el ánimo fatigado halla el dulce reposo del hogar en el seno de la Naturaleza; numerosas fábricas, cuyas humeantes columnas glorifican la conquista del hombre sobre la materia, y por fin, la soberbia ciudad de tres millones de almas, digna capital del mayor y más poderoso de los imperios, que eclipsa con su grandeza á París y á Londres.

A tal prosperidad contribuyó en extremo la canalización del Tajo desde Aranjuez hasta su desembocadura, en cuya obra colosal, sobre todo para la época en que se llevó á cabo, invirtióse una parte de los beneficios de las minas de las colonias, que correspondían al Estado. A fines del siglo xvi terminaron los trabajos, y desde entonces pueden remontar el río hasta buques de 200 toneladas.

La invención de los ferrocarriles, que comenzaron á construirse en la Península en

el segundo tercio de este siglo, fué también poderoso auxiliar al engrandecimiento de Toledo, especialmente de su industria y comercio. El plan de las vías férreas respondió á las necesidades generales del país: los trazados acomodáronse á ellas y á la economía, sin tenerse para nada en cuenta las influencias personales ó de localidad, y obtúvose de esta suerte una gran baratura en las tarifas de trasportes. Así es que los carbones de Puerto Llano y Bélmez se colocan en Toledo á tan bajo precio, que compiten con los ingleses traídos por la vía fluvial.

Gracias á esta facilidad de comunicaciones, renacieron y se desarrollaron en el centro de la Península las industrias que de antiguo existían, las cuales librándose de inminente ruina, evitaron el empobrecimiento de unas provincias que, poseyendo, en lo general, un suelo ingrato, necesitan el concurso de la fábrica para no arrastrar vida trabajosa y miserable.

La elección de capital, aunque parece un simple incidente histórico, ejerció grande influencia en los destinos de nuestra patria, pues estableciéndose aquélla en un centro donde pudo desarrollarse en grande escala el comercio, la industria y la agricultura, infundió á la gobernación del Estado senti-

do utilitario y práctico, dió al resto del país constante ejemplo de amor al trabajo, abrió ancho campo á la iniciativa individual, y alejó á la ambición, que veía ante sí más dilatados horizontes, de las estériles luchas de la política y de las esperanzas burocráticas.

En el segundo artículo daremos á conocer cómo salió el reino de las grandes crisis que surgieron en el mundo, y particularmente de la producida por á la emancipación de los Estados sud-americanos, y veremos el prodigioso incremento que tomó la riqueza pública en toda la Península al amparo de la paz interior y de la sabia política de la dinastía nacional, fiel intérprete de los altos intereses, de las tradicionales necesidades y de las verdaderas aspiraciones de la sociedad ibérica.

II.

El sentimiento religioso, que tendía á la unidad, los odios populares contra los enemigos de la fe, y acaso la influencia de errores y preocupaciones económicas, produjeron durante el reinado de Isabel y Fernando la proscripción de España de la raza he-

brea. Expulsados fueron también, en gran parte, los moriscos de Granada, á pesar de las capitulaciones de la Vega, violadas primero por aquéllos con sus turbulencias y rebeldías.

No podían ocultarse al claro talento y al buen juicio de D. Miguel, aunque heredó de su madre la aversión á los judíos (1), los grandes perjuicios que ocasionaba al comercio y á la riqueza pública el destierro de aquellos industriosos habitantes, y así no es de extrañar que, obrando como hábil político, abandonara en este asunto el sistema de la intransigencia y del rigor, ejemplo seguido más tarde por Francia, Inglaterra é Italia, que, después de arrojar de su territorio á los hijos de Israel, volvieron á admitirlos y á tolerarlos.

Harto más peligrosa era la permanencia en la Península de los moriscos, porque aquella gente ruda, ignorante y levantisca amenazaba constantemente el general sosiego; pero el Gran Monarca, sin discordias intestinas que aplacar, ni guerras europeas que

(1) La princesa D.^a Isabel, hija de los Reyes Católicos, antes de dar su mano al rey D. Manuel de Portugal, impuso á éste la condición de que desterraría del reino á los judíos.

entretener, ni disputados derechos señoriales que amparar; seguro del poderío que le daba la concentración de su política eminentemente nacional, no turbada ni menoscabada por influencias exóticas; armado de sobrados medios materiales para reducir á la impotencia todo acto de fuerza, inauguró un procedimiento que con el trascurso de los años había de unir y confundir aquella raza con la ibérica. A la crueldad del opresor opuso el generoso amparo del magnánimo; á la arbitraria persecución, la solícita justicia; al forzoso bautismo, la cristiana persuasión; á los planes de exterminio, las puras máximas del Evangelio; á la espada, la cruz.

Preciso fué crear misioneros especiales, instruirlos en la lengua de los moriscos, ilustrar á éstos, cuyo apego á las groseras supersticiones nacía de su rústica condición; vencer preocupaciones populares, extirpar abusos y facilitar los matrimonios mixtos.

Gracias al celo perseverante de la Corona, secundado por muchos preladados que no estaban por la expulsión, y pedían el empleo de medios suaves para convertir y catequizar á los descendientes de los moros, se evitó la ruina de la agricultura y el empobrecimiento y despoblación de la Península. ¡Notable triunfo del sentido práctico sobre un fanatis-

mo acaso disculpable después de la lucha religiosa de ocho siglos!

Consecuencia de esta lucha fué el establecimiento del Santo Oficio en tiempo de los Reyes Católicos; mas D. Miguel, aunque no pudo sustraerse por completo del espíritu de su época, procuró impedir los rigores de aquella institución, accediendo á las súplicas de las Cortes, que pedían al Monarca «que mandara proveer de manera que en el oficio de la Santa Inquisición se hiciese justicia, guardando los sacros cánones y el derecho común, y que los obispos fuesen los jueces, conforme á justicia.»

También atajó con prudentes medidas el incremento de la amortización eclesiástica, dando satisfacción á los procuradores de las ciudades, que se expresaban en estos términos: «Que ninguno pueda mandar bienes raíces á ninguna iglesia, monasterio, hospital ni cofradía, ni ellos los puedan heredar ni comprar, porque, si se permitiese, en breve tiempo sería todo suyo.»

La aparición de la Reforma en Alemania y las pavorosas guerras religiosas que trajo consigo la plaga de las herejías, no dejaron de inspirar profunda inquietud al soberano que regía los destinos de Iberia; mas pronto la experiencia le demostró que sin necesidad

de encender las hogueras inquisitoriales no echaría raíces en nuestro suelo el principio del libre examen, doctrina que no ha encontrado jamás verdadera resonancia en los pueblos meridionales.

Los príncipes católicos solicitaron la alianza peninsular para combatir á los rebeldes sectarios, y aunque encontraron siempre decidido apoyo moral, no obtuvieron jamás auxilios materiales de la dinastía miguelina, fiel á su política de abstención en las contiendas europeas. ¿Acaso no ofrecía más provechoso campo á su actividad, y más conforme con las tradiciones nacionales, la guerra incesante contra el mahometismo? ¿No debía absorber toda su fuerza y virilidad la conversión y conquista de los vastos territorios del extremo Oriente, cuya vía marítima hallaron los portugueses, y del Mundo Occidental, descubierto por los españoles en medio de las soledades del Océano?

La rivalidad entre Iberia é Inglaterra, siendo ambas potencias colonizadoras, no pudo menos de dar por fruto repetidas y encarnizadas luchas en el mar y en las colonias; pero, como la primera aventajaba en fuerzas navales á las demás naciones, merced á la superioridad de recursos, vió siempre coronadas por el éxito sus campañas, haciendo

vanos los esfuerzos de la soberbia Albión, que codiciaba el rico Imperio indostánico. El resultado fué que ésta, reconociendo al fin su impotencia, limitárase á la colonización de la América del Norte.

Celosa también Francia de nuestro engrandecimiento, invocando sus pretendidos derechos sobre el Rosellón y sobre Navarra, intentó, en ocasiones varias, invadir aquellos territorios, sin que jamás consiguiese salvar la frontera; la cual se encontraba tan bien defendida por un sistema de fortificaciones constantemente perfeccionado según los adelantos del arte militar, que hacía invulnerable la sagrada tierra de la patria.

Estos ataques infructuosos, unidos á los reveses que, tomando la ofensiva, hicieron sufrir nuestras armas á las de la nación vecina en las vertientes septentrionales del Pirineo, acabaron por convencer al Gobierno de París de cuánto le importaba la amistad de un Estado tan poderoso, el cual, por otra parte, ni se inmiscuía en asuntos ajenos, ni atizaba la tea de la discordia en Europa, ni reivindicaba para sí derechos en la Península itálica, donde Alemania, Francia y Venecia desangrábanse en perpetuas luchas.

Mientras las demás naciones, confundiendo lastimosamente los derechos señoriales de

los soberanos con la conveniencia de los pueblos, disputábanse la posesión de territorios, muchas veces sin valor intrínseco ni estratégico; mientras Alemania, Inglaterra y Francia veíanse devoradas por guerras religiosas; mientras declinaba rápidamente á su ocaso la República comercial de Venecia, porque los descubrimientos marítimos habían producido una revolución en el tráfico, el Imperio ibérico proseguía con ardor la guerra contra la Media Luna, la colonización de sus vastas y dilatadas provincias ultramarinas, y, á la sombra de una paz interior jamás turbada, el fomento de sus intereses materiales.

Si la emigración á las Indias arrebatava brazos á las artes, el Gobierno, siguiendo la senda trazada por los Reyes Católicos, estimulaba la naturalización de los extranjeros, y si la experiencia ponía de manifiesto errores económicos y abusos administrativos, con solícito celo acudía al pronto remedio el poder Real, ajeno á la cortesana molicie, sordo á las influencias personales, refractario al yugo de los validos, y atento sólo á las necesidades de los pueblos, fielmente reflejadas en las representaciones de las Cortes.

Esta institución debía necesariamente adquirir notable desarrollo y perfeccionamien-

to después de varios siglos de práctica no interrumpida ni falseada, y por lo tanto, no es de extrañar que la Revolución francesa, que perturbó á Europa y á América con sus principios, apenas encontrase eco en Iberia, pues aquí se habían implantado, por medio de una serie de evoluciones lentas y progresivas, derechos y libertades que en otras partes conquistaron la violencia y el trastorno.

Mas, si en la esfera de las ideas no ejerció aquel acontecimiento considerable influencia en la Península, tóvola, y grande, en la política exterior de la corte de Toledo. En vano intentó ésta perseverar en su constante propósito de vivir alejada de las contiendas europeas. Cuando vió amenazadas sus colonias por una propaganda cosmopolita que no había afectado á la Metròpoli, cuando persuadióse de las arterías de la vecina nación y de los manejos de los Estados de la América del Norte, que acababan de emanciparse de Inglaterra, para producir un levantamiento en el Sur contra la madre patria, entonces, y sólo entonces, echó su espada en la balanza de los destinos de Europa, y su entrada en la Santa Alianza bastó para aniquilar y destruir aquel genio de la guerra, que asombraba al mundo con sus proezas.

Gracias á esta intervención material, la

Monarquía ibérica ensanchó sus fronteras hasta el Garona; pero, en cambio, tuvo que resignarse á perder sus extensas provincias del continente americano, donde el fuego de la insurrección se había propagado de una manera formidable durante la guerra con Francia.

La campaña fué encarnizada, aunque corta, pues pronto el Gobierno se convenció de la inutilidad de prolongar una lucha que comprometía sus futuros intereses en la América latina. Entonces, en vez de avivar los odios y rencores con insensatas intransigencias entre las colonias emancipadas y la antigua Metrópoli, propúsose con hábil política suavizar asperezas, vencer obstáculos é infundir á las nacientes repúblicas sentimientos de paz y de concordia.

Animado de este espíritu de conciliación, apresuróse á reconocer la independencia de aquéllas, alentándolas en los primeros pasos de la vida política, uniéndolas á la Península con tratados de comercio y de alianza ofensiva y defensiva, juntándolas en una confederación sud-americana, y sólo reservando para sí algunas islas en el Golfo Mejicano, á fin de que sirviesen de perpetuo vínculo de una misma raza entre el Nuevo y Viejo Mundo.

Esta política, basada en el principio del amparo común y de la defensa recíproca, dió por resultado impedir que los Estados Unidos del Norte, cuando llegaron á verse fuertes y poderosos, lograran dilatar sus límites, como codiciaban, á costa de los ricos territorios de la Alta California y de Tejas; y así la rapacidad de la raza anglo-sajona estrellóse ante la unión inquebrantable de la ibérica de ambos hemisferios.

Al amparo paternal del Imperio ibérico, las nuevas repúblicas americanas crecieron y se desarrollaron sin discordias intestinas, y sin las convulsiones inherentes á los Estados donde no se han arraigado las costumbres políticas; y en el espacio de breves lustros, merced á la riqueza de su suelo, á la inmigración estimulada por la paz, al perfeccionamiento del sistema económico y á los progresos de la civilización, llegaron al más alto grado de prosperidad y de grandeza en el orden moral y material. Así vemos hoy día cruzada la América del Sur por una vasta red de ferrocarriles; explotados los inagotables tesoros de las ricas, vastas y diferentes regiones que se extienden desde el río Sacramento y las Antillas hasta el Cabo de Hornos; surcados los mares por numerosas escuadras mercantiles que enarbolan la es-

trellada bandera de la gran Confederación meridional; respetada ésta por todas las naciones, y viviendo á cubierto de las impertinentes reclamaciones y enojosas oficiosidades de Inglaterra, de Francia ó de los Estados Unidos; establecidas industrias para el consumo interior, que han anulado la exportación de las manufacturas extranjeras; abierta la cordillera de los Andes, siguiendo el desfiladero de Bariloche, por medio de la vía férrea que une las florecientes repúblicas del Plata con su hermana la culta y civilizada Chile; y, finalmente, roto á la navegación interoceánica el istmo de Panamá, merced á la iniciativa ibero-americana, sin necesidad de ajeno concurso ni de protección extraña.

¿Deben maravillarnos tales prodigios, si la madre patria, acostumbrada al gobierno de sí misma, legó á la América latina el sentido práctico, la iniciativa individual, la libertad del trabajo, la emancipación del comercio y las costumbres políticas, producto de una serie no interrumpida de sabias y prudentes reformas, que habían convertido á la sociedad ibérica en la más perfecta de Europa, por sus adelantos bajo el punto de vista moral y por sus progresos materiales?

Mas, apartando los ojos de las naciones de allende el Atlántico, que son sér de nuestro

sér y sangre de nuestra sangre, y rindiéndolas de pasada el tributo de nuestra eterna simpatía, volvámoslos á este pequeño mar Mediterráneo, cuna de la civilización, que, con el trascurso del tiempo y por la fuerza incontrastable de las cosas, nuestra patria, fiel á su tradicional política, estaba llamada á redimir de la barbarie del islamismo.

Mientras adelantaba la conquista y colonización de la costa septentrional africana, la necesidad de la defensa exigió la ocupación de varias islas de Levante, que fueron á manera de fuertes destacados sobre el Imperio Otomano. Como base de operaciones sirvió en gran parte Sicilia, que ya pertenecía á la corona aragonesa antes de la unión de los reinos peninsulares. Las islas Jónicas, de Creta, de Rodas y otras del Archipiélago, y, por fin, la de Chipre, constituyeron el premio de las victorias navales de Iberia, cuyas escuadras acabaron por destruir el poder marítimo de la Sublime Puerta.

Y cuando Turquía, carcomido tronco de árbol plantado en tierra estéril, dió manifiestos indicios de su total ruina; cuando se alzaron los oprimidos vasallos cristianos al grito de independencia, á nuestro auxilio debieron la libertad Grecia, Servia, Bulgaria y aquel noble pueblo rumano, que blasona con

legítimo orgullo de su antigua alcurnia española.

Si estas conquistas al Este del Mediterráneo eran de escaso valor mercantil, como puntos de escala, mientras el enemigo impedía el libre tráfico con el extremo Oriente por el mar Rojo, adquirieron una importancia de primer orden desde el momento en que se abrió esta vía al comercio, y sobre todo cuando el canal de Suez puso á la Península á veinte días de navegación directa de sus posesiones indostánicas.

La constante protección dispensada por los gobiernos ibéricos á las empresas de general utilidad y conveniencia, produjo la canalización del Tajo, de que hablamos en el artículo precedente; la del Guadalquivir hasta Córdoba, la del Ebro hasta Zaragoza, y la de muchos otros ríos, ya para la navegación, ya para el riego. Conforme venían reclamando las Cortes desde el siglo xvi, pidiendo «que se plantasen montes por todo el reino y se guardaran las ordenanzas de los que había,» se fomentó en grande escala el arbolado; previsora medida que redundó en provecho de la agricultura, cada vez más próspera y floreciente, incluso en las extensas llanuras de la Mancha y de Castilla la Vieja, donde con el trascurso de los años, gracias á

la influencia de aquél, mejoraron las condiciones productivas del suelo. Innumerables carreteras y caminos en perfecto estado de conservación facilitaron el tráfico por todas partes, y cuando se inventaron los ferrocarriles, Iberia fué una de las primeras naciones que los establecieron, construyendo en el espacio de cinco lustros muchos miles de kilómetros, sin necesidad de ajeno auxilio; tal era la masa de capitales que encerraba en su seno, y tal el espíritu emprendedor de sus hijos.

Abierto el canal de Suez, las transacciones de la Península con nuestro imperio del Indostán y el extremo Oriente convirtieron á Barcelona en el primer puerto del mundo, por el número de buques que lo lograban, y en el centro industrial más importante, llegando su engrandecimiento al punto de componerse hoy la población de aquella ilustre ciudad de dos millones y medio de habitantes. A la vez prosperaron Tarragona, Valencia, Alicante, Cartagena y los demás puertos del litoral mediterráneo, enriquecidos principalmente con el comercio de Levante, mientras que Cádiz, Sevilla, Lisboa, Oporto, Vigo y toda la costa cantábrica entrenían activísimo tráfico con los Estados de la América latina y con nuestras colonias del Africa occidental.

En las altas esferas del poder domina un sentido político superior á todo encarecimiento, y no se presenta ó propone reforma útil y de prácticos resultados, que no se lleve á cabo sin especiosos pretextos, ni negligente abandono, ni parlamentarios entorpecimientos, ni livianos y ridículos temores.

La incompatibilidad de todo cargo público con el de diputado á Cortes ha venido rigiendo desde el siglo xvi, conforme con los deseos expresados por las mismas, á los cuales atendió siempre la Corona con solícito celo (1). También procuró ésta que las elecciones se verificasen con la mayor libertad, sin influir ni directa ni indirectamente en el nombramiento de representantes.

(1) Las peticiones de las Cortes á que alude el autor de esta novela son hechos históricos, aunque no los resultados de aquéllas. Los procuradores de las Cortes de Castilla se expresaban así en 1573: «Otro sí, porque de venir por procuradores de Cortes algunos criados de V. M. y ministros de justicia y otras personas que llevan sus gajes, se sigue que les parezca que tienen poca libertad para proponer y votar lo que conviene al bien del Reino, y aun otro gran inconveniente, que es que siempre son tenidos entre los demás procuradores por sospechosos, y causan entre ellos desconformidad, á V. M. suplicamos mande que los susodichos no puedan ser ni sean elegidos para el dicho oficio.»

Así es que las Cortes vivieron siempre rodeadas del prestigio que les daba su autoridad é independencia, porque el pueblo veía en ellas el fiel reflejo de las aspiraciones de la opinión pública y de las necesidades é intereses del país.

Mas si tales progresos políticos y materiales se han realizado en nuestra patria en el trascurso de cuatro siglos, ¡cuán grandes infortunios no lloraríamos ahora si la muerte, arrebatando en flor á D. Miguel I, último vástago varón de las dinastías nacionales, hubiese elevado al trono español á la casa de Austria, convirtiendo á la nación señora de tantos pueblos, en feudo de una familia ajena á nuestras costumbres, de distinta raza, enemiga de las libertades populares, obligada á amparar derechos patrimoniales en Europa que ni directa ni indirectamente afectaban á la Península, encarnación del despotismo que inmolaba la razón de Estado á un derecho personal, blanco de los odios y rencores de príncipes poderosos, obligada á defender los disgregados territorios de su herencia, y en fin, sin abnegación ni alteza de miras bastantes para deponer el interés privado en aras del vital principio de la nacionalidad ibérica y del afianzamiento de su unidad política y geográfica!

Acaso entonces no se hubiera podido completar definitivamente la fusión de los antiguos reinos, ni se hubiera constituido esta gran potencia europea-africana, que la locomotora recorre hoy desde las verdes campiñas girondinas hasta las abrasadas regiones del Sahara, salvando el Estrecho de Gibraltar merced á un túnel submarino de veinte kilómetros de longitud.

¡Obra gigantesca reservada sólo al genio ibérico, como perpetuo testimonio de su elevada y civilizadora misión en el continente africano!

FIN DE LA NOVELA.



UN DIALOGO EN EL ESPACIO.

ESPÍRITU extraño á mi familia planetaria, que, como yo, vagas por la inmensidad buscando el término del pavoroso viaje de las almas, detén un momento el ráudo vuelo y fija tu penetrante vista, ajena á las imperfecciones de los carnales sentidos, en aquel astro que frontero á nosotros se presenta, girando pausado alrededor de uno de los innumerables soles de la Vía Láctea!

—¡Sombra á la par que yo desvanecida de la materia, cuya cósmica unidad descubro claramente!, dí, ¿por qué apartas mi atención, absorta ante las grandiosas maravillas del Universo, fijándola en cuerpo celeste tan raquíptico, pobre y diminuto, sol extinguido, esqueleto de una estrella, pigmeo que pasea

su mortaja por los insondables abismos del espacio?

—¡Ah! Aquel planeta fué mi patria.

—¿Tu patria? ¿Patria del espíritu un átomo?

—¡La patria del cuerpo que animé!

—Dí mejor tu destierro.

—Treinta años ví correr en ella, ¡un instante apenas! y siento el dolor de la partida.

—¡Cuán apacible deslizaráse la vida del polvo animado en esa esfera, anónima para mí, cuando de tal suerte lloras su ausencia!

—La dicha, el placer, la bienandanza son allí risueñas ficciones: nombres, como la oscuridad, que afirman una negación.

—¿Qué te aqueja, pues?

—El grato recuerdo de un sér amado.

—¿Luego existe la dicha?

—Existe el más dulce y cruel de los dolores.

—Me asalta el deseo de conocer mundo semejante. ¿Qué hiciste en tu sepulcro carnal? ¿A qué frívolos pasatiempos se entregaron tus iguales? ¿Cómo vive la materia en acción?

—¿Quieres saberlo? Sígueme, y tus ojos te darán testimonio de ello. Trasladémonos sin tiempo alguno á la estrella Polar, y, merced á la lentitud de la luz, verás los reflejos de

mi mundo, la Tierra, durante los treinta años que di vida á deleznable arcilla (1).

—Sea.

—Ya estamos. Nos hemos adelantado treinta años y medio á la marcha de la luz, y desde aquí, si te place, puedes presenciar el espectáculo de mi vida corpórea. Cuando te enoje aquél y quieras acelerarlo, nos bastará movernos en dirección á la Tierra.

—Detengámonos un momento aquí, desde donde observo perfectamente el hemisferio boreal. Noto en el centro una mancha blancuecina.

—Fórmanla los hielos acumulados en el Polo: el calor desaparece paulatinamente de aquellas regiones como de las extremidades de un moribundo.

—A esta mancha siguen alrededor otras más oscuras, de color azulado, interrumpidas por espacios brillantes.

—Aquellas son mares, enormes masas líquidas condenadas en breve á la rigidez de la muerte, y éstos, continentes é islas, mansión

(1) La luz recorre 300.000 kilómetros por segundo, y si fuese posible observar la Tierra desde la estrella Polar, dada la distancia que nos separa de ésta, la luz del sol reflejada por nuestro planeta sería vista allí treinta años y medio después.

de la materia, pasajera y vivificada por los espíritus inmortales.

—Quiero presenciar la aparición de la tuya sobre el planeta. Detengámonos á 30 años de distancia de él, tomando por medida la velocidad de la luz.

—Mira: en este momento los que fueron mis ojos terrenales se abren por vez primera. ¡Ah! ¡Si llegase hasta aquí el sonido, cómo oirías las tristes quejas del que despierta en una cárcel; ¿No ves á mi madre? ¿No observas la palidez en sus mejillas, la fatiga en su agitado pecho, el desfallecimiento en sus entreabiertos ojos, la expresión de acerbo dolor en su cuerpo inerte? ¡Cuánto sufrió!... ¡Cuán á punto estuvo de perder la existencia por habérmela dado! ¡No parece sino que una vida ha de surgir á costa de otra!

—¡La humanidad es hija del dolor!

—Mas si acaso no sucumbe la que me dió el sér, como fatalmente acontece en ciertas especies inferiores; cuán grande, terrible é incesante lucha me espera! La lucha de la vida por la vida, á costa de otras existencias ó de los gérmenes de éstas.

—¡El más fuerte está condenado á crueldad perpetua!

—¡Cuántos peligros me rodean por todas partes! ¡El aire, mezcla de flúidos sutiles, lle-

va en su seno el principio vital y la muerte; el agua, compuesto líquido de dos gases tenues, sustenta invisibles y formidables adversarios; la tierra, conjunto de elementos limitados y de combinaciones infinitas, da de sí, en pródiga abundancia, el maternal sustento de sus fecundas entrañas y la alevosa ponzoña!

—¡La eterna contradicción de la materia!

—¿No observas cómo me defiendo en esta guerra continua, silenciosa é inexorable? Parece que unas veces desfallezco y caigo; pero recobro fuerzas y me levanto y crezco, y cada vez con más vigor desafío los ocultos ministros de la muerte que me acechan, acosan y persiguen sin tregua ni descanso.

—Sigamos adelante, y abreviemos el término de la representación de tu efímera estancia en aquella partícula de polvo cósmico.

—Ya se ilumina mi inteligencia, y apenas da señales de sí, pónenla en tortura, y surge un nuevo combate en el cual batallan la inercia de la materia ó la frivolidad de la pueril imaginación contra el estudio arduo y escabroso de la ciencia humana.

—¡Ciencia humana; rudimentaria sabiduría!

—Despiertan las calladas pasiones, enciéndense inquietos deseos, un vértigo inefable se apodera de todo mi sér: nace el amor, y

comienza una guerra cruenta y despiadada que tiene por campeón el fuego y por botín la indiferencia.

—¡Miserable humanidad! ¡Tus luchas son el infinito; tus triunfos el vacío!... Pero ¿qué nubes blanquecinas y rastreras asombran ahora las tierras y aun los mares?

—Se están riñendo batallas. No le basta al hombre la perenne guerra contra la naturaleza y consigo mismo á que está condenado: necesita satisfacer su ciego instinto á costa de sus semejantes, y la lucha que comenzó siendo individual, ha degenerado en colectiva. ¿No observas cómo aplican allí al arte de la destrucción la imperfecta ciencia reservada á los mortales? El Estado más poderoso es el que supera á los demás en instrumentos de ruina.

—Mas ya se disipan las nubes, y las apretadas falanges, que se arrojaban con furor unas contra otras, retroceden y se disuelven.

—Cierto. Háse convenido lo que los hombres llaman una paz definitiva y perpetua. ¡Breve armisticio! ¡En cuanto la tierra dé algunas revoluciones sobre su eje, renacerá el combate, y siempre con más encarnizamiento y más perfección en la ciencia de la muerte!

—¿Los hombres, por lo visto, tienen una

idea errónea del tiempo, cuando soportan penalidades tantas en pos de ilusorias recompensas?

—Unos cierran los ojos de la razón, de miedo de ver el corto camino que tienen delante; otros fundan la inmortalidad en la perpetuación del nombre con que les han designado en la tierra. Se contentan con poco: les basta dejar tras sí un sonido articulado.

—¡Pueril vanidad, cuando la misma Tierra ha de perecer en breve!

—Esta á lo menos es la más disculpable de las vanidades. ¡Cuán irrisorias las que se fundan en un supuesto bien presente! ¡Los menguados que atesoran para gozar de la envidia ajena! ¡Los insensatos que buscan la propia satisfacción en la servil obediencia de sus semejantes! ¡Cuánta demencia en unos, y cuántas humillaciones para los otros, que han de convertirse en esclavos de un tercero, siéndolo éste á su vez de las colectividades; la mayor de las servidumbres!

—¡Mísera humanidad, en tus manos se empequeñece hasta la soberbia!... La vista de tu Tierra se va haciendo enojosa.

—¡Adiós, seres amados! ¡Un instante no más y os juntaréis conmigo!

—Antes de alejarnos de aquí desearía sa-

ber quiénes son esos hombres que dirigen constantemente los ojos hacia nosotros. ¡Qué de peligros arrostran algunos en medio de aquellas regiones salvajes! ¿Buscan también oro?

—No. Aquellos que allí ves son los justos, que no obran por el estímulo de la terrenal recompensa, ni aun de la vanagloria. Hacen el bien por el bien, y remontando su alma á estas tranquilas y serenas regiones, fundan sólo en ellas el término de sus sonrientes esperanzas.

—¡Felices vosotros, oscuros é ignorados héroes del espíritu, que alcanzáis la mayor de las victorias reservadas á los mortales: señorear la materia y acercaros á Aquel que resume en sí la más sublime y abstracta de las perfecciones!

—¡Volemos hacia Él, que es grande su clemencia!

—¡Atrás, satélites, planetas, soles, constelaciones, nebulosas, polvo cósmico, infusorios del vacío! ¡A tí acudimos, Omnipotente Espíritu que lo llenas todo y ante quien hasta parece pequeño el infinito!...

*
* *

Dijeron... y rasgóse el velo del supremo arcano.



LA TAZA DE LECHE.

ASTURIAS es una de las comarcas de la Península ibérica más dignas de ser visitadas. La apertura al servicio público del trozo del ferrocarril de Busdongo á Puente de los Fierros, que completa la línea de Gijón á León, uniendo al antiguo Principado con la red general de los caminos de hierro, contribuirá en gran manera á que sea apreciado en su verdadero valor un país poco conocido de propios y extraños, y víctima de vulgares é injustas prevenciones, hijas de la frivolidad ó de la ignorancia.

El viajero que recorra aquella privilegiada provincia, admirará por todas partes soberbios monumentos y venerandas ruinas,

brillantes páginas de la gloriosa historia de la Reconquista; risueños valles circundados por elevadas y caprichosas montañas, en cuyas laderas la Naturaleza, pródiga y liberal, ha derramado sus variados y magníficos dones; bullidoras cascadas que se precipitan de las quiebras de las rocas, formando cristalinos arroyos y pausados ríos que culebrean por las verdes hondonadas; blancas y extendidas playas que en suave declive penetran en el mar, casi siempre agitado, flanqueadas por una costa, ya acantilada, ya compuesta de hacinados y cavernosos peñascos, contra los cuales se estrellan furiosas las olas, y, salpicadas sobre tan hermoso panorama, ricas poblaciones, risueñas aldeas y pintorescos caseríos habitados por gente de cariñoso trato, alegre carácter y dulce lenguaje. Y mientras suspende los sentidos la contemplación de tantas bellezas, el aire puro del Océano, saturado de las emanaciones de una flora exuberante, renueva suave la escondida llama de la existencia, y un cielo rara vez despejado, con sus opacas nubes que se ciernen en el espacio, y sus flotantes nieblas que cortan el horizonte, convida blandamente á la concentración del espíritu y á ese apacible bienestar, á esa vaga transición que separa á la vigilia del sueño; reflejo acaso de la pre-

sentida ventura que espera al alma, libre de sus carnales lazos.

¡Oh! ¡cuán triste la ausencia para el que ha nacido en aquella venturosa tierra, y desde extraño suelo aviva la memoria del bien perdido, recordando el añoso castaño que sombrea la rústica casita; el hórreo ó la pamera sobre toscos pilares de piedra sustentados; la fuente murmuradora que se desliza por el copioso prado; la enhiesta torre de la antigua iglesia, por donde trepa la hiedra, asomando por las grietas el verde helecho; la lejana y escueta cumbre del elevado monte; la frondosa colina cuajada de pomares de abatidas ramas al peso de las apiñadas manzanas; los oscuros robles de aterciopeladas hojas, notables por su altura y corpulencia; el fúnebre ciprés y el poético sauce, que á veces turban la monotonía del bosque; los cercados maizales que generosamente ofrecen el pan del campesino; la casi siempre solitaria higuera, el humilde avellano y el altanero y pomposo nogal, cuyos gustosos y abundantes frutos son el regalo del rico y el alimento del pobre; la conseja, al amor de la lumbre, referida por un anciano, mientras chisporrotea el nudoso tronco de una encina; el familiar regocijo con quesangran allí el tonel repleto de sazónada sidra; las alegres y

animadas ferias y romerías al son de los tambores, las gaitas y las panderetas; los cadenciosos bailes populares y del antiquísimo de la Danza prima, acompañado de canto melodioso; los sencillos goces de la infancia placentera; los tiernos afectos que á su calor nacieron, y en fin, á la patria remota, que la imaginación reviste de sus más brillantes colores, y que no se aparta jamás del santuario del pensamiento!

Estos dulces recuerdos contristaban el corazón de Casimiro.

Era un joven de débil complexión y de enérgico espíritu, hijo de unos honrados y pobres labradores de la Riera, en el concejo de Cangas de Onís, el cual, llevado del propósito de aliviar la mísera condición de sus ancianos padres, se acogió al remedio á que apelan todos los años millares de españoles deseosos de mejor fortuna, que es el pasarse á las repúblicas de la América latina y á la isla de Cuba.

A esta última llegó nuestro asturiano cuando contaba apenas tres lustros, y á fuerza de trabajos sin cuento, de indomable perseverancia y de paciente resignación, al frisar con los veinticinco años vióse dueño de 15.000 pesos, mezquino caudal á los ojos del rico y del ambicioso, y considerable para

el pobre que ha pasado una existencia llena de privaciones, y cifra su ventura en vivir modestamente en el rincón de una provincia.

Mas las fatigas con tan firme voluntad arrostradas, robando al sueño y al esparcimiento del ánimo sus naturales fueros, y, sobre todo, la idea fija de la patria lejana, minaron lentamente aquella naturaleza raquítica y gastada; y á la nostalgia, dolencia á que tanto propenden los emigrados de nuestras provincias del Norte, siguió la calentura que resiste á todos los febrífugos, la calentura terrible de la tisis, casi siempre mensajera de la muerte.

No la creía cercana Casimiro, porque se despertó en él una confianza absoluta, una fe ciega en el remedio de sus males. La patria. Allí estaba la alegría, la salud, la vida.

Volver á ella, abrazar á sus ancianos padres, cobijarse bajo el humilde techo de la casa solariega; recrear la vista en los seres y en los objetos inanimados, confidentes y testigos de su infancia; sentir el dulce calor del propio hogar; respirar el embalsamado ambiente de los aires nativos; ir al cercano santuario de Covadonga, y allí sentarse á la mesa de piedra, al pie de la gigantesca Cueva, junto á la bullente cascada, y beber una

taza de leche servida, como en sus años juveniles, por su adorada madre: tal era el ardiente anhelo del pobre enfermo. ¡Inmensa dicha, felicidad suprema para aquel desterrado, consumido por una fiebre lenta é incesante!

En vano el solícito ruego de la amistad y el porfiado consejo de la ciencia pretendieron librarle de los azares de una larga navegación, mayormente por coincidir con la época del equinoccio: Casimiro tomó la vuelta de España, y al rayar el alba de uno de los primeros días del mes de octubre avistaba desde el vapor el promontorio á cuyos pies se asienta Gijón, el gran centro industrial, marítimo y mercantil de Asturias.

¿Cómo describir la emoción del viajero al saludar las costas de su patria después de tan larga ausencia? De pechos sobre la obra muerta de proa, fija la mirada, llorosos los ojos, anhelante el aliento, suspenso el ánimo, contemplaba aquella bendita tierra que óptica ilusión iba acercando poco á poco hacia él, mientras el buque, á impulsos del comprimido vapor, avanzaba majestuosamente. No parecía sino que los abruptos y salientes cabos de Torres y de San Lorenzo, que flanquean la ancha y espaciosa

concha en cuyo centro se alza la península de Santa Catalina, eran dos gigantescos brazos que se extendían en medio de la inmensidad del Océano para dar la bienvenida al recién llegado, y que el Sol, al asomarse por los balcones orientales, rasgando las blancas brumas que invadían el horizonte, señalaba, allende los montes cubiertos de espléndida verdura que á la izquierda mano se mostraban, el venturoso y suspirado término del viaje.

Mas ¡cuán lenta es la marcha del tiempo á medida que nos aproxima al bien que ansiamos! ¡Qué distancia no separa al fervoroso deseo de su próxima y segura satisfacción! Soporta resignado el navegante largas y mortales horas de mar, pero no puede resistir sin impaciencia la última.

Rechinó por fin el cabrestante del ancla, la cual, desprendiéndose de proa, sumergióse con grande estrépito en el mar, estremeciendo la flotante mole con el rápido rodar de la pesada cadena.

Casimiro lanzó un grito de inefable gozo. Allí, en el muelle, con los brazos extendidos hacia él, preñados los ojos de lágrimas, temblando de emoción, enajenados de alegría, le aguardaban sus ancianos padres. Quiso gritar pronunciando este dulce nombre, y no

pudo; pretendió arrojarse á la escala, y una fuerza irresistible paralizó sus miembros; intentó respirar, y parecía que hasta el aire le negaba el vital aliento, y sin ser poderoso á otra cosa, cayó de golpe desmayado sobre la cubierta del buque.

La noche que sobrevino á aquel día, con tanto afán esperado, sorprendió al mísero enfermo tendido en el lecho en una modesta casa de la villa. Sus padres, dominados por medrosa ansiedad, llenos de tierna solicitud, clavada la vista en aquel cuerpo exánime, aguardaban anhelantes y suspensos que volviera á la vida.

De pronto, dando un profundo suspiro, abriendo los ojos como atónito y embelesado, y cogiendo con crispada mano la que su madre le tendía, comenzó á hablar de esta suerte:

«—¡Madre!... ¡Me ahogo!... ¡Siento las ansias de la muerte... pero todavía puedo sanar!... ¡Partamos, partamos en seguida!... ¡Tú puedes devolverme la vida!... ¡Tú puedes renovar la llama de esta existencia que se extingue!... ¿Te acuerdas, te acuerdas de Covadonga?... ¿Recuerdas las placenteras horas que pasaba en tu regazo á la sombra de aquella cueva altísima?... ¿Se han borrado de tu memoria los besos que te prodigaba

cuando tú, al verme jugar al borde de la oscura poza, cuna del Deva, me llamabas sobresaltada y yo corría á arrojarme á tus brazos?... ¿Has olvidado aquel día en que mi padre compró cerca del santuario la vaca blanca, y tú quisiste que yo fuera el primero en gustar del sabroso licor de sus hinchidas ubres?... ¡Ah! ¡Me parece que lo estoy viendo con los ojos del alma! Allí, en el fondo del anfiteatro que forman los montes al cerrar estrecha cañada, destácase la gigantesca cueva en las entrañas de elevado peñasco que le sirve de cúpula colosal, y suspendida en mitad de aquélla, como el nido de la mística paloma, la capilla de la Virgen milagrosa. De la inmensa cavidad, en cuyas grietas crecen innumerables arbustos y hierbas que con su diversa verdura y varias formas contrastan con los tonos de las rocas ya peladas y escuetas, ya cubiertas de húmedo musgo, salta el agua pura y trasparente, que, formando bullidoras cascadas y escalonados remansos, se precipita al hondo valle, llevando la vida, la fertilidad y la abundancia á la tierra, y la admiración y el asombro á los sentidos... Yo estaba allí sentado en duro banco, blando y mullido para el cansado peregrino que va á apagar la sed en el santo manantial que brota copioso; bañaba el Sol

los agrestes contornos del sagrado recinto, sin atreverse á profanarle con sus rayos; el sordo y cavernoso ruido del agua despeñada juntábase con el pausado són de la campana de la iglesia, y á lo lejos y á intervalos oíase el lastimero balido de descarriada ovejuela; por la ladera del monte frontero trepaba una robusta aldeana con paso pausado, arqueados los brazos, la cabeza erguida, y sobre ella, sosteniendo en equilibrio la cónica ferrada; en un sotillo que se hacía en una revuelta del río, el toro y el caballo partían fraternalmente, sin recelo alguno, la abundante hierba que liberal les ofrecía el suelo; conducía una rapaza por un verde sendero un hato de tiernos novillos, que triscaban alegres y juguetones; un anciano, encorvado bajo el peso de los años, vestido de groseras pieles, subía, apoyándose en tosco cayado, el áspero camino del vecino puerto; un romero, con el bordón en la mano y el sombrero y la esclavina cuajados de conchas, dirigíase con grave y mesurado andar á la venerada mansión que la piedad de los fieles ha consagrado á Nuestra Señora: todo era paz, todo ventura, todo apacible bienestar y dulce recogimiento.

»Convaleciente de grave dolencia; fatigado de la penosa cuesta que, bordeando el ria-

chuelo, conduce al santuario; débil y desmayado el cuerpo y atento el ánimo contemplando el magnífico panorama que se ofrecía á mi vista, acometióme profundo y deleitoso sueño, del que me sacó tu voz, tu dulce voz, madre querida, y el suave aliento de tus puros labios al depositar un ardoroso beso en mi mejilla helada.

»—¡Pobre hijo mío!—exclamaste—¡Estás yerto! Espera un instante y devolveré el calor á tu cuerpo frío.—Y solícita y diligente, me trajiste la escudilla de leche de la vaca blanca. ¡Delicioso instante aquél! ¡Cómo apuré el blanco y espumoso licor por tus manos servido! ¡Cómo confortó mis fuerzas con su virtud reparadora y su calor suave! ¡Cómo sentí restaurar en mí el vital sostén, pujante y vigoroso!... Mas también ahora lo recobraré... ¡Partamos, partamos á Covadonga! Vea yo aquellos santos lugares, aspire las balsámicas auras de nuestro escondido valle, sacie mi sed en la rica leche de las vacas que se apacientan en sus fértiles y accidentadas praderas, y volverán la dicha y el placer á mi contristado espíritu, y la salud y la vida á mi cuerpo enfermo y desfallecido!»

*
* *

Casimiro consiguió ver el estrecho y sonriente valle que sin cesar se representaba en su memoria, y la casita humilde donde abrió los ojos á la luz del día, y el encendido hogar, piadoso asilo en las largas horas de invierno, y el hórreo pintoresco suspendido en el aire como arca santa que guarda el fruto de la madre tierra, y las corrientes y cristalinas aguas del encauzado Deva, y las agrestes montañas, testigos mudos y poderosos auxiliares de la primera victoria de la restauración cristiana y de la independendencia de un pueblo, y la célebre y sagrada Cueva, amparo de los débiles y oprimidos, refugio de la fe, asombro de la Historia y veneración del mundo.

Extenuado por la terrible dolencia, sin vigor en los flacos miembros, ni brillo en los ojos desencajados, ni color en las mejillas enjutas y hundidas, trepó, con la ayuda de los temblorosos brazos de sus padres, la larga escalera de piedra, que, flanqueando aquella rocosa é imponente cavidad, conduce á la capilla, suspendida sobre el abismo. Detúvose un instante en el balcón que precede al pequeño templo, bajó la vista al fondo, y sintió el horror del vacío que seduce y atrae y turba los sentidos; admiró las maravillas debidas al ardiente é incansable celo de un

Prelado (1), reparando las injusticias de los tiempos, la indolencia del poder y el olvido de los españoles; y puesto de hinojos ante el sagrado altar, elevó tierna plegaria al cielo, lleno de fervor, de unción y de místico recogimiento.

En tanto, las cóncavas peñas repercutían el eco de la campana herida; y el sol coronaba la alta cumbre del frontero monte; y el hondo valle inúndabase de luz radiante y de extendidas sombras; y retumbaban las cascadas del naciente río; y los operarios de la basílica que se está alzando en una eminencia cercana, entregábanse al trabajo hormigueando por las tortuosas veredas; y el viento, ligeramente alterado, estremecía las ramas y las hojas de una vegetación espléndida; por todas partes, en el cielo, en el aire, en la tierra, el movimiento y la vida, menos en el sin ventura Casimiro.

—¡Dadme una taza de leche!...—exclamó, sintiéndose desvanecer.—¡Aun es tiempo!... ¡Aun puedo recobrar la salud!...

Y le bajaron á la entrada de la Cueva, y

(1) El Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, obispo que fué de Oviedo, y actualmente arzobispo de Valladolid, á quien se debe principalmente la restauración del santuario de Covadonga.

sentado á la mesa de piedra, cogiendo con ambas manos la taza que su madre le presentaba, apuróla con avidez y delicia, y exhaló un profundo suspiro, que fué el postre-ro. ¡Grata emoción que aceleró las contadas horas del apasionado amante de su patria, quien vivió bien ajeno de que en el placer de recobrarla hallaría la verdadera!



EL HOMBRE ÚNICO.

(UN CASO DE LOCURA LATENTE.)

EN una isla de la Polinesia, que por su pequeñez ni siquiera consta en los mapas, reinaba, sin oposición ni émulos platónicos, un jefe de tribu, que en las alocuciones y mensajes dirigidos á sus fieles súbditos dábase á sí propio el dictado de Emperador del mundo. Un navegante europeo que por acaso abordó aquellas playas, trató de disuadir á Su Majestad Universal de sus errores geográficos; mas éste se limitó á contestarle: «No existe ni puede existir otro mundo fuera de mi isla, porque sé de muy buena tinta que el Sol, mi ilustre antecesor, fundó aquí su única casa solariega, y no tiene más descendientes que yo y mis vasa-

llos: por lo tanto, los que venís en el buque debéis ser espectros en figura humana.»

La persona que te voy á presentar, lector benévolo, sin los conocimientos genealógicos de aquel monarca de antiquísima alcurnia, ni pretender compartir con él tan claro linaje, fué más allá en su opinión sobre sus semejantes.

Poseído de extraña aberración mental, que no reveló jamás, porque fué loco vergonzante, antojósele que en el mundo no existía más personalidad corpórea que la suya, y que los hombres y los demás seres animados eran vanos fantasmas hechos para su servicio, mortificación ó entretenimiento.

Algunas veces extremaba su extravagante hipótesis, juzgando quiméricos cuantos objetos herían sus sentidos, de lo cual deducía que él monopolizaba el mundo de las ilusiones. A decir verdad, no tuvo sobre este punto opinión constante, fija y concreta, pero sí sobre lo primero, que llegó á ser para él verdad inconcusa.

No conoció á sus padres, porque los había perdido siendo muy niño; circunstancia que le libró de la dura necesidad de no creer en ellos y de sacrificarlos al principio fundamental de sus convicciones.

Era español, y llámabase Tomás Solitario.

Como el mundo había sido hecho para su uso exclusivo, propendía naturalmente á la vanidad, al orgullo y á la soberbia; llegando á tanto su locura, que se creyó inmortal, sospechando que sus ilusorios prójimos simulaban la muerte sólo para engañarle sobre la caducidad de la vida.

Sin miedo ni temor alguno á seres que se disipaban apenas volvía las espaldas ó cerraba los ojos, nada era capaz de oponerse á los arrebatados ímpetus de su valor temerario.

Cauteloso y taimado como quien temía siempre ser víctima del dolo de fantamas astutos creados para molestarle, revelaba un carácter prudente, mesurado y taciturno; hablaba poco, se reía menos, aquilatava las palabras y medía su significación, y aun así, muchas noches antes de dormirse se arrepentía de algunas indiscreciones: tal es la funesta propensión humana á la locuacidad, que aun los más precavidos, el tipo más acabado de la prudencia, han de confesarse con la almohada y expiar la culpa á costa del sueño.

Muy pronto dió claros indicios de sus felices disposiciones para el mando; pues en los juegos infantiles representaba siempre el principio de autoridad entre sus tiernos compañeros, ora arreándoles á guisa de co-

chero, ora rigiéndoles con la investidura de capitán, si no de general.

Consideraba como la peor de las malas sombras hechas para su tormento á un tío suyo, y tutor á la vez, el cual, harto de semejante sobrino, no tuvo punto de reposo hasta que le vió en el colegio de cadetes de Toledo.

Los antiguos pusieron á duras pruebas la paciencia del *apóstol*, como llamaban allí á los nuevos; pero Tomás Solitario opuso tal resistencia á las novatadas, que á los pocos días de su ingreso en el colegio era considerado como el prototipo del valor y del arrojo. Verdad es que esta fama la obtuvo á costa de sus costillas; pero como era hombre de suyo sufrido y resignado, hubiera preferido perder la inmortalidad á expresar una queja. Con todo, alguna vez flaqueó su ánimo, abrumado por el dolor, y acaso entonces le asaltaba la duda de si los golpes que había recibido su humanidad unipersonal podían proceder de espíritus deletéreos ó de hombres como él, de carne y hueso; aunque nada he hallado que confirme esta suposición mía, fundada en la poderosa virtud del palo, ese don del Cielo, como le llamaban los antiguos, para poner en razón á los cuerdos y amansar á los locos rematados.

La declaración de guerra á Marruecos en 1859 coincidió con la promoción á subteniente de nuestro personaje, por lo cual deducirá el lector que se trata de un contemporáneo. Incorporado á un batallón de cazadores, dirigióse á Málaga, donde vió por vez primera el mar. Al contemplar aquella inmensa y líquida llanura, llevado de su rara demencia, decía para sí: «¿Es esto verdad, ó mis mentidos semejantes me presentan una decoración de teatro para hacerme creer que los mapas no discrepan un punto de lo que me enseñaron en el colegio?»

Embarcóse en aquel puerto, y con los brazos sobre la obra muerta del buque, y los ojos fijos en las ondulantes aguas, pasó la noche reflexionando acerca de las causas que producen aquel movimiento; y perturbado tal vez por el mareo, antojósele que entre las fosforescentes olas veía vagar las sombras de los que consideraba como enemigos suyos, que se entretenían en mover el mar á fin de mortificarle y para que la ilusión del viaje fuese completa.

«¡Pronto—decía para su poncho—harán salir al Sol con la regularidad de todos los días, y me presentarán una tierra, á la cual debo llamar continente africano, y en ella comparsas de fantasmas con el nombre de

moros, con los cuales debo batirme! ¡Necios, si creéis que vais á amedrentarme! ¡Conozco vuestro juego, hombres en apariencia, espíritus burlones, vanas sombras, que me creéis condenado á perpetuo engaño! ¿Quién es más fuerte aquí? ¿Los que me consideran víctima de sus maquinaciones, ó yo, que las adiviné desde que tuve uso de razón?»

Desembarcó en Ceuta, y á los pocos días tomó parte en las primeras acciones de guerra de aquella gloriosísima campaña, distinguiéndose de tal suerte, que obtuvo cruces, grados y ascensos, y renombre de bizarro, siendo proverbial su valor en todo el ejército. ¿Era acaso de extrañar tanto denuedo en quien no creía en la muerte y juzgaba en su extravagante desvarío cadáveres ó heridos simulados á cuantos caían en la pelea?

Tanto pudo su locura, que una noche que estaba de servicio en las avanzadas, echóse junto á un montón de cadáveres insepultos, y fingiéndose dormido, miraba con el rabillo del ojo á aquellos fantásticos muertos para ver si, creyéndole desprevenido, variaban de postura; mas como no daban la menor señal de vida, exclamaba para sí: «¡Qué taimados! ¡Capaces son de no moverse hasta la consumación de los siglos, y hacer que se pudren y se convierten en polvo si saben que

yo he de volver á pasar por este sitio! ¡Qué admirable tenacidad! ¿Qué poder sobrenatural rige y gobierna esa aparente humanidad, esa ilusión que me persigue por todas partes, ese espejismo maravilloso que miente sin cesar en medio del árido desierto de mi vida?»

Donde tuvo empero uno de los mayores raptos de enajenación mental fué en el campamento del Hambre. Una cena opípara que siguió á tres días de vigilia y de insomnio, perturbó de tal manera su cerebro, que saliendo de la tienda á tomar el aire, veía todos los objetos dobles, y meditando sobre el caso se decía: «¡Yo siempre he creído en un mundo ilusorio, pero no en dos! Ahora me parece que coexisten. ¡Si tendrá el mundo el don de la ubicuidad!»

Con tan raros pensamientos echóse á dormir, y á la mañana siguiente, reflexionando sobre lo que le aconteció la noche anterior, discurría de esta manera disparatada: «La embriaguez me hizo ver los objetos dobles: ordinariamente los veo sencillos; luego en estado normal soy víctima de una alucinación á medias.»

En fin, sus heroicos hechos, y jamás el bajo valimiento, eleváronle á los primeros puestos de la milicia. Terminada la guerra,

era ya comandante, y las contiendas civiles que sobrevinieron algunos años después á nuestra patria sin ventura, fueron grande parte para que tuviese ocasión de completar su merecido encumbramiento.

Cuando yo le conocí en el *Casino de Madrid* ceñía la faja de general. Hasta entonces no comenzó á figurar en la política.

Antojósele ser diputado, y no faltaron electores fantásticos que le votasen.

Como hablaba poco y su continente era grave, todo el mundo le tenía por político ducho y de talla, y más de un periódico habló de él como de un hombre providencial, llamándole «rayo de luz en medio de las tinieblas que envolvían los destinos de la nación,» y «áncora salvadora con que íbamos á dar fondo en el seguro puerto de la felicidad de la patria.»

Estas figuras retóricas produjeron su efecto, porque el Ministerio que había logrado antes aquel puerto, entendió que hombre tan extraordinario era muy á propósito para dar lustre al nombre español en extranjerías tierras; y así, antes de que se formase el partido de los *solitarios*, proyecto que estaba ya en gestación, propuso á nuestro héroe un cargo diplomático en una de las principales cortes de Europa. El cual fué aceptado

sin modestas resistencias. ¿Quién era superior á él? ¡Los grandes hombres de Estado, los reyes, los emperadores, se le representaban á sus ojos como espíritus aventajados, como eminentes artistas, como primeros actores del teatro en que se consideraba único espectador!

Desempeñó su embajada, y fué tenido por el primer diplomático de su tiempo. Había resuelto el gran problema: no decir más que lo que quería. Nadie pudo competir con él en arte tan de suyo difícil.

En la corte donde estaba acreditado conoció á una gentil doncella la más hermosa entre las beldades de aquel reino. Sin amarla quiso casarse con ella: aspiraba á la envidia universal, si aquellos duendes podían envidiarle.

Consiguió su objeto; pero no contaba con el huésped en forma de suegra, el más horroroso de los fantasmas, el *spirito folletto*, la pesadilla de la humanidad-yerno.

Y huyendo de aquel azote, renunció el destino y vino á Madrid.

Y el Ministerio tembló, y los periodistas no dieron paz á la pluma.

Pero aquel hombre era muy otro. No quería nada. El tedio, esa crónica dolencia de los hombres extraordinarios, minaba su

alma. La idea de la inmortalidad le infundía espanto.

Deseaba tener sucesión, y la esterilidad de su espiritual consorte causábale profunda pesadumbre.

«¡Es claro, —decía para sí;— los seres producen otros seres á ellos semejantes! ¿Qué ha de nacer de un hombre y de un espectro? Sería un producto híbrido no previsto por la naturaleza, si existe algo que merezca este nombre.»

Una noche, al volver más temprano que de costumbre á su casa, sorprendió á su esposa de tertulia con un apuesto joven. Aquélla se turbó al pronto; pero repuesta del sobresalto, con la sonrisa en los labios, exclamó:

—¡Tomás, te presento á mi primo Rafael!

Y Solitario no dudó de aquel vínculo de familia.

Mas como para esto le era forzoso admitir la posibilidad de parentesco entre los espíritus, inventó, en consonancia con su disparatada hipótesis, una teoría sobre la afinidad de determinados flúidos psíquicos.

.....

Vivió hasta el fin de sus días sospechando de todo, menos de la virtud de su mujer.

¡Estaba predestinado á tener fe ciega en lo que nadie creía!

*
* *

¡Cuántos como Tomás Solitario son externos de los manicomios porque sienten el rubor de sus íntimos desvaríos!

¡Si saliese á luz toda la demencia latente en los cerebros humanos, sería muy difícil encontrar loqueros!...



DEL CIELO A ESPAÑA.

CUENTO.

PRIMERA PARTE.

I.

Dios, Nuestro Señor, daba un día audiencia á los santos que iban á interceder por sus devotos, por los pueblos que patrocinaban y por todos los pecadores. La Santísima Virgen, sentada al lado de su querido Hijo, recomendaba los innumerables memoriales de los visitantes, á los cuales acogía el Sér Supremo con la bondad del que es fuente de todas las misericordias. Fueron entrando en el salón del trono del Altísimo santos y más santos, hasta que le tocó el turno á Santiago el Mayor.

—¡Hola, Jaime!—le dijo el Todopoderoso—¿qué te trae por aquí? ¡Cosas de España, tal



vez! ¿Qué pasa por aquella tierra? ¿Están en paz tus clientes?

—Bien sabe Vuestra Divina Majestad— contestó el Apóstol, haciendo tan profunda reverencia que el sombrero lleno de conchas y reliquias que tenía en la mano barrió el suelo—que aquello anda malillo, y que, si Dios no pone remedio, yo no sé lo que va á ser de España, de los españoles y de sus descendientes, que se han establecido en el Nuevo Mundo, á todos los cuales protejo y amparo en sus cuitas; porque, eso sí, ni unos ni otros nos han perdido la afición, y si no, aquí está la excelsa Madre de Vuestra Divina Majestad, patrona de las Españas y de las Indias, que no me dejará decir una cosa por otra.

—Cierto es—dijo Nuestra Señora—que en pocas partes del mundo se me venera tanto como en las tierras de que habla Santiago, y, á decir verdad, yo quisiera hacer hasta los imposibles á favor de aquellos para mí muy amados hijos.

—¡Vamos! dí lo que solicitas, Diego,—exclamó el Eterno dando una cariñosa palmada en la mejilla del santo;—basta que mi amantísima Madre sea intercesora, para que yo te conceda cuanto desees, con tal de que no me pidas gollerías.

—Señor,—contestó el Apóstol algo perple-

jo,—yo no sé cómo decírselo á Vuestra Divina Majestad... El caso es que... Ello es... Vaya, que no me atrevo.

—¡Animo! ¡Habla!

—Como á Vuestra Divina Majestad no se le oculta nada, bien sabe lo que yo quiero para los españoles.

Sonrióse el Todopoderoso, pues Él ya sabía de antaño lo que pensaba Santiago, porque, ya se ve, ¿qué se le ha de ocultar á quien no ignora cuanto pasó, pasa y pasará? y poniendo ambas manos sobre la esclavina del bienaventurado, le contestó:

—En verdad te digo, querido Jacobo, que lo que pretendes es harto difícil; pero, en fin, exprésalo en breves palabras.

—Pues bien, Señor, lo que yo quiero para los españoles es lo que se llama sentido común...

—¡Sentido común!—replicó el Omnipotente—¡sentido común! pues ¿no sabes tú que lo que los hombres denominan así, es el menos común de los sentidos?

—Vuestra Divina Majestad me entiende, y no digo más.

—¡Hijo mío!—dijo con voz suplicante la Reina de los Angeles;—vuelve tus ojos misericordiosos hacia aquel pueblo desdichado, y concédele lo que más le convenga.

—¡Bueno!—contestó Nuestro Señor;—voy á hacer por España lo que no he hecho por nadie, aunque me cueste privarme por algunos días de la compañía de un hijo predilecto como éste. Vuelve á la Península, Santiago, con amplios poderes míos. Te doy facultades para hacer milagros, sin que puedas, empero, mover y forzar la voluntad de los hombres, porque ya sabes que quiero que sea libre su albedrío. Te doy el don de hacerte invisible y de tomar la forma que quieras. Vé allí y haz de nuevo gala de tus dotes oratorias, á ver si tu elocuencia, que hizo cristianos á los españoles, más ó menos pecadores, que sobre esto hay mucho que hablar, consigue ahora darles el mejor discernimiento en las cosas terrenales.

Dió el Apóstol gracias á Dios Nuestro Señor y á su Santísima Madre, y fué en derecha al vestíbulo del Cielo donde pidió á San Pedro, con grande admiración de éste, que le franquease la salida.

—¡Qué es esto, colega!—exclamó el portero mayor del Paraíso.

—Que me voy otra vez á predicar.

—Mira, aquí entre apóstoles sea dicho, vas á que te crucifiquen como hacen aquellos bárbaros con todos los que les dicen verdades.

—Estos tiempos no son los nuestros, Perico, gracias á nosotros, que civilizamos el mundo. Verdad es que por allí hay quien no se acuerda de esto, y nos pone como chupa de dómine; pero á lo menos ya no le desuelan á uno vivo sino de boquilla.

—Ciertamente esto se ha ganado, pero ha sido á costa de las tiras de piel verdadera que hemos dejado por allá; y si no, dígalo nuestro compañero Bartolomé; pero ¿qué digo piel? carne y huesos, que todavía me parece que me duelen las palmas de las manos de aquellos clavos con que me crucificaron, cabeza abajo; y todo ¿por qué? porque sacaba del error á los hombres. ¡Si serán estúpidos!

—Tienes razón, mala cosa son los hombres; pero algo hay que hacer por ellos. Allá me vuelvo. ¡Abre, Perico, la puerta, y hasta luego!

—¿Pero vas á pie?

—¡Hombre, sí! ¡Buena idea! Tomaré la jaca. ¡Cómo estará de brava á puro holgar! Ya se ve, como ahora no necesitan de mí los españoles para regir sus ejércitos, teniendo tantos generales...

—Por brava que esté, ¿qué te importa, si no hay mejor jinete que tú en cielo y tierra, si eres el Santo caballero por excelencia?

—Claro está; ¡cómo que soy el patrón de

los españoles!... pero abre mientras voy por la jaca.

Soltó San Pedro las cadenas de oro del puente levadizo de la celeste mansión, el cual vínose abajo con grande estrépito, y al breve espacio cruzó por él Santiago, caballero en su blanco corcel, echando no diablos, porque en el Paraíso no los hay, sino rayos y truenos que estremecieron el aire, azotaron el firmamento y retumbaron por el espacio infinito.

II.

No sé el tiempo que empleó el Apóstol desde la Gloria á la Península, porque ignoro la distancia que separa á los españoles de la bienaventuranza, aunque entiendo que debe ser poca, pues aquella misma tarde apareció Santiago en mitad de un camino real de España.

El cual debía de atravesar la Mancha, porque ni un solo árbol se descubría en medio de la soledad de una vastísima llanura, que más semejaba mar desecado que otra cosa alguna.

—¡Qué gentes estas!—exclamaba el Santo para su esclavina.—¡Están dejadas de la

mano de Dios! ¿qué mal les han hecho los árboles? ¡No parece sino que, hartos de destruirse unos á otros, han declarado cruda guerra á la naturaleza!

Y pensando en esto, iba camino adelante al paso de su caballo, cuando de pronto vió venir hacia él á dos hombres cubiertos de sendos sombreros, como los del Padre Eterno, muy ceñidas las vestiduras con unas correas sobre el pecho, las manos dentro de fundas blancas, y llevando cada uno al hombro gruesos bastones rematados en punta de hierro, que el Santo creyó bordones de peregrino de nueva usanza.

—¡Vaya, serán colegas míos—dijo para sí—que irán de romería á algún santuario! Ya tengo compañía.

Los cuales supuestos peregrinos íbanse acercando fijos los ojos en el jinete, y apenas llegaron junto á él, diéronle la voz de alto.

Detuvo el Apóstol las riendas á su caballo, y preguntó á la pareja qué quería.

—La cédula de vecindad,—dijo uno.

—¡La cédula! ¿Qué es eso?

—Por lo visto es V. nuevo aquí...

—Sí, señor, soy forastero.

—Pues bien, aquí nadie viaja sin ese documento.

—No le tengo.

—Entonces dése V. preso.

—De modo que en España ¿se necesita patente de hombre de bien para andar suelto?

—Y para todo.

—En este caso, no habrá malhechor que carezca de semejante requisito.

—En efecto, señor peregrino, todavía no hemos topado con ningún criminal que no esté provisto por lo menos de una cédula.

—¿Para qué sirve, pues?

—Yo le diré á V.; es un recurso de la Hacienda como otro cualquiera.

—¡Ah, ya! Es un tributo sobre la libertad personal.

—Sea lo que fuere, nuestra obligación es detener á los indocumentados.

—Pero, hombre de Dios, si yo soy un caminante pacífico y nunca he hecho mal al prójimo.

—No lo dudamos, mas tenemos que cumplir con la consigna. Quien manda, manda. Tenga V., pues, la bondad de venirse con nosotros.

—Por lo menos—dijo el Santo para su sayal—aquí se prende con cortesía.

Y como era muy celoso de la disciplina militar, aunque patrón de España, añadió, dirigiéndose á la pareja, acortando razones:

—Vamos á donde VV. quieran.

—Al pueblo que deja V. á retaguardia.

—¡Andando!

Y así diciendo volvió grupas, y seguido de los guardias civiles, que tales eran los aprehensores, encaminóse á un lugar que allí cerca se parecía y en el cual no había parado mientes.

A tiempo que anochecía entraron los tres en el pueblo, donde reinaba el mayor sosiego á pesar de ser víspera de elecciones municipales. El Alcalde, que iba de zeca en meca muñendo á los electores á casa hita, en la calle y en la taberna, y no podía, por lo tanto, perder el tiempo en bagatelas, en cuanto vió á los recién llegados, y sin preguntar á los guardias por qué traían á aquel hombre, dijo con voz de autoridad:

—¡A la cárcel con él, y el caballo á mi cuadra!

Y dicho y hecho, y he aquí cómo la primera noche de su vuelta á España, Santiago se la pasó enterita en la cárcel.

III.

Aquel siervo de Dios, en lugar de hacer milagros y de salirse del inmundo aposento donde encerrado estaba, porque con decir que era cárcel de pueblo, y de pueblo de la Mancha, está dicho todo, púsose á rezar y á rezar hasta que le sorprendió la vaga claridad del alba entrando por una rendija ó gatera, que en esto no estoy muy seguro, pero sí de que no tenía más ventilación el calabozo.

En esto oyóse ruido de llaves en la premiosa cerradura; rechinaron los goznes, y abriéndose pausadamente la puerta, apareció bajo el dintel la majestuosa figura del alguacil, barbero, sangrador y peatón en una pieza.

—¡Sal!—dijo con ademán imperativo y voz bronca, porque acababa de matar el gusanillo; y luégo añadió que le siguiese.

Hízolo así Santiago, y subiendo una estrecha escalera, fué introducido en el salón del concejo, que iba á servir además de colegio electoral, á juzgar por una grande urna que puesta sobre la mesa estaba. Una silla, tres bancos y el retrato del Rey, pegado con

obleas ó pan mascado en la pared, completaban el ajuar de aquel augusto recinto, al cual prestaba mayor solemnidad en aquel momento la presencia del Alcalde, muellemente sentado en la silla, extendidas las piernas, sueltos los brazos, caída la cabeza, terciado el calañés y chupando un cigarrillo mugriento, apagado y casi deshecho.

—¡Hola, perillán!—exclamó la autoridad popular á guisa de saludo.—¿Quién te manda ir de romería á caballo? ¿Dónde lo has robado, ladrón cuatrero?

—Yo soy un hombre de bien. El caballo es mío,—contestó el Santo.

—¡A mí con esas! Ea, á ver la cédula.

—No la tengo.

—¿De dónde eres?

—Nací en Bethsaida.

—¡Saida! Alguacil, ¿dónde está este pueblo?

—Lo que es en la Mancha no está,—contestó el interpelado, que, como cartero, tenía sus ínfulas de perito geógrafo.—Este nombre me huele así á cosa de Africa.

—¡Africa, eh! ¡Bueno! ¿Tu nombre, peregrino?

—Santiago.

—¿Apellido paterno y materno?

—Mi padre se llamaba Zebedeo y mi ma-

dre Salomé,—dijo el Apóstol, que no sabía decir una cosa por otra.

—Bien, pues decreto al canto: Habiendo sido preso por indocumentado Santiago Zebedeo y Salomé, de profesión romero, con un caballo que no debe ser suyo, ordeno y mando: primero, que el caballo quede en mi cuadra á las resultas; y segundo, que el susodicho Santiago sea conducido por tránsitos de justicia á disposición del señor Gobernador civil de la provincia de Santander.

—¡De Santander!—exclamó el alguacil;—pues si Santander está al Norte, y el Africa, de donde parece este buen hombre, cae hacia el Mediodía.

—Precisamente,—contestó el presidente de la corporación municipal dando un puñetazo en la mesa;—precisamente por eso. Así se trata á los vagos. O soy ó no soy alcalde... ¡No faltaba más! Llévate á ese hombre y entrégalo á la pareja.

Salieron ambos, y ya en la calle, el alguacil, hablando muy quedito al oído del Santo, le dijo:

—Mira, nación (en aquel pueblo designan con esta palabra á los extranjeros), todo se puede arreglar con una friolera. Con que me des para echar unas copas... En fin, hay que untar el carro... Ya sabes aquel refrán: «Por

bueno ó por malo, el escribano de tu mano.»

—Sí, y también conozco aquel otro que dice: «Ni hagas cohecho ni pierdas derecho.»

—Pues con tu pan te lo comas,—replicó el agente de la autoridad dando un empujón al Santo y encerrándole en la cárcel.—Aquí te estarás hasta que pase la pareja.

IV.

Entonces el siervo de Dios creyó llegado el momento de hacer un milagro, pues le apretaba el deseo de dar comienzo á su terrenal apostolado y devolver bien por mal al lugar á que le trajeron, no sus pecados, como decirse suele, pues siendo santo ¿qué pecados había de tener? sino los altos é inescrutables designios de la Providencia; y así, por un simple acto de su voluntad tornóse de pronto invisible, y saliendo del calabozo por el resquicio de la puerta, se fué á la calle, recorrió el pueblo, y penetrando en todas partes sin ser de nadie visto ni oído, escudriñó á su sabor cuanto allí pasaba.

Hacíase cruces á cada paso al descubrir las miserias humanas; pero lo que mayormente llamó su atención fué el afflictivo y ruinoso estado de la Hacienda municipal, bajo

el poder de aquel cacique de campanario, que aspiraba á la reelección del cargo concejal. ¡Qué de cabildeos, qué de amaños, qué de promesas, á costa, por supuesto, de los bienes comunes, para conjurar las ruines rivalidades de unos cuantos electores, en medio de la estúpida indiferencia de los demás!

Tocaron en esto á misa, y por ser domingo, los lugareños juntáronse en la plaza de la iglesia, esperando la última campanada, como si quisieran tasar el tiempo destinado á las cosas santas, nada piadosa costumbre que disgustó al Apóstol, que en volandas había acudido al templo á oír los divinos oficios.

Apenas terminados éstos, los hombres volvieron en tropel á la plaza, mientras las mujeres salían poco á poco de la casa del Señor con la mantilla muy ceñida, los ojos bajos y el rosario en la mano.

Quedóse Santiago algún tiempo en la iglesia, rezando muchos Padre-nuestros á sus predilectos compañeros de Gloria, y al retirarse, en el acto de abrir la cancela, le asaltó una idea que llevó en seguida á efecto, y fué nada menos que tomar la misma figura del boticario del pueblo, ausente á la sazón, con una semejanza tal, que era el más

perfecto trasunto que imaginarse puede; y de esta suerte se presentó en la plaza.

Todos los que se hallaban allí cayeron en el engaño, y fueron á él y le saludaron con mucha cortesía y afectado cariño, porque el farmacéutico, aunque tenía fama de socarrón, entrometido y mordaz, era, si no bien quisto, considerado con el respeto que se merece una mala lengua.

Como en semejantes casos suele acontecer, comenzóse á hablar de la salud y del tiempo, de lo cual tomaron pie los labradores, que lo eran casi todos, para echar su cuarto á espadas sobre la cosecha, siempre mala, si no detestable, en boca de los campesinos.

—¡De esto tenéis la culpa vosotros!— exclamó Santiago.

—¿Nosotros?

—Sí, vosotros.

—¿Por qué?—preguntó uno.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que hace buenas las cosechas después del trabajo del hombre?

—¡Toma!—contestó otro á quien llamaban por apodo el tío Solón ó Salomón,—la buena tierra y el agua.

—Siendo así, ¿por qué os empeñáis en hacer mala la tierra y en alejar de ella la humedad?

—¡Nosotros!—exclamaron todos con iró-

nica sonrisa, mirándose unos á otros, como quien dice: este hombre no está en su juicio.

—¡Sí, vosotros, con la insensata guerra que hacéis al arbolado! Fomentadlo, y la tierra será cada vez mejor, y la lluvia visitará con más frecuencia los campos, derramando sobre ellos sus inapreciables dones.

—¡Ah, señor farmacéutico!—exclamó el tío Solón—¡qué engañado está V.! Esto lo rezan los libros, pero nosotros entendemos más de labranza que esos señoritos de las ciudades que inventan estas cosas, y que no son más que unos saca-dineros. ¡Árboles, eh!

—¿Qué mal os han hecho?

—Mire V.; cuando yo era mozo—replicó el tío Solón—había en el prado de propios hasta seis docenas de pinos: ¿y sabe V. para qué servían? Para que los muchachos se comiesen los piñones. Semejante escándalo llamó la atención del concejo, que se reunió para tratar sobre la materia. Opinaban unos que debía nombrarse un guarda y otros que era mejor cortar los árboles, y después de maduro examen, por mayoría de votos se decidió lo último, y así se dió fin al escándalo.

No quiso Santiago refutar tales razones, que no eran para contestadas, y encarándose con otro Licurgo del lugar que atentamente

escuchaba sin decir esta boca es mía, le preguntó:

—¿Y V. también cree inútil el arbolado?

—¡Qué inútil,—contestó el segundo sabio,—perjudicial, y perjudicial de todo punto! Y si no, vamos á ver: ¿quién se come el grano antes de la cosecha? Algunos pájaros, como los gorriones, ¿no es verdad? ¿Quién atrae á los gorriones? El arbolado, ¿no es cierto? Luego destruyendo á éste contribuimos á extinguir aquella plaga.

—¡Bien dicho!—exclamaron todos dando calurosas muestras de asentimiento, creyendo confundido al supuesto boticario.

El cual, después de breve pausa, replicó:

—Pues yo os pregunto: ¿qué plaga es mayor, la de los insectos ó la de los pájaros?

—¡Toma!—contestó otro labriego,—la de los insectos, porque siendo innumerables y pequeñísimos, la mano del hombre no basta para aniquilarlos.

—Entonces,—dijo el Santo,—si no os bastáis para combatir á estos casi invisibles enemigos, justo sería que respetaseis y aun die-rais recompensa á vuestros mejores auxiliares, y si no, decidme: por cada grano de trigo que os quita un gorrion, ¿de cuántos millares de insectos no habrá limpiado vuestros campos?

Esperaba el Apóstol que este sencillo razonamiento abriría los ojos de los labradores; pero lejos de ser así, ninguno de ellos dió muestras de dejarse convencer ni aun por el mismo Dios que bajase en persona, y como Santiago se sabía muy bien de memoria aquel refrán de que no hay peor sordo que el que no quiere oír, dió el pleito por perdido; mas quiso probar si sacaba mejor fruto de aquellos hablándoles de la cosa pública, y encaminando la plática en este sentido, les espetó una de verdades que había que oírle. ¡Qué de cosas salieron de aquellos santos labios, como de quien sabía los más recónditos secretos de todo el lugar!

—¡Muy bien!—exclamó un mozalvete que había estudiado en Madrid hasta dos años en la Escuela de Veterinaria, siendo suspenso en el segundo;—¡muy bien, señor farmacéutico! Me place ver á V. entrar por tan buen camino y salir de la actitud de expectante benevolencia para con el Ayuntamiento, en que hasta ahora se había colocado. Cuente usted conmigo, con mi apoyo incondicional, á fin de coronar el edificio de la regeneración de nuestra querida patria, digna de mejor suerte y de los más altos destinos. Unámonos todos en apretado haz para sacudir el yugo de la opresión y de la tiranía;

proclamemos con entusiasmo nuestro ideal político...

—Pero, ¡hombre de Dios!—exclamó interrumpiéndole Santiago.—¿Qué tienen que ver tus ideales políticos con la policía urbana, la hacienda municipal y los chanchullos de los fielatos?

Y hablándole aparte añadió:

—Calla, si no quieres que cuente tus trapisondas de la época en que eras secretario del anterior alcalde, por cuya candidatura trabajas ahora.

Corrióse el mozo, y hecho una grana, escurrió el bulto, dirigiéndose á la Casa de la Villa, donde en aquel momento se constituía solemnemente la mesa electoral.

Entre tanto, el Apóstol no cesaba de exhortar á aquellos rústicos, que embebidos y suspensos le escuchaban, á que cumpliesen sincera y honradamente sus deberes de buenos ciudadanos; y cuando creía haberles persuadido de todo punto, el tío Solón le interrumpió diciendo:

—Yo no quito ni pongo rey.

—Ni mi padre ni mi abuelo—añadió uno—dieron jamás su voto, y yo no hago usos nuevos.

—¡Al concejo, ni verlo!—exclamó otro.

—¡Allá ellos!—dijo un cuarto.

—Mire V., señor boticario,—prosiguió el tío Solón,—quien sirve al común sirve á ningún. Así, no se canse V., que ni queremos votar ni ser votados.

—¿Para qué?—repuso un quinto;—¿para que nos roan los zancajos y no hagamos nada de provecho? y si no, pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.

Y todos por este estilo fueron contestando á Santiago, el cual, sin querer oír más razones, se marchó del lugar.

Uno de los del corro, empero, tuvo un arranque de valor cívico, y exclamó:

—¡Pues yo voto! ¡Algo hay que hacer por el pueblo!

Y dirigiéndose al colegio electoral, se votó á sí mismo.

V.

La nueva de la actitud tomada por el supuesto farmacéutico, y digo actitud, porque empleó esta palabra el veterinario en embrión, cayó como una bomba en medio del campo alcaldesco, que había sentado sus reales en el salón consistorial y ya se rego-

deaba con la confianza de una victoria decisiva, á pesar de que el bando contrario, de que era firme apoyo y activo paladín el mozalvete de la plaza, había conseguido intervenir la mesa electoral, circunstancia que no permitía al presidente de ella trasegar el censo completo á las listas de votantes, como en otras no menos gloriosas batallas por él libradas.

Mas como el común peligro fué siempre medianero de unión y de concordia entre los desavenidos, apenas se supo por boca del ex-secretario que en aquellos momentos históricos se estaba formando el partido de los *independientes*, que con tal nombre bautizaron en el acto á los del corro de la plaza, el Alcalde, que no se dignaba inclinar su erguida y majestuosa frente, ni aun en señal de saludo, ante sus concejiles adversarios, dando rienda suelta al noble y generoso impulso de su pecho, propuso á la mesa la formación de una candidatura de transacción y de conciliación, en la cual estuviesen representadas las dos colectividades que, ya á regaña dientes, ya á palo limpio, se disputaban el gobierno del pueblo.

Ardua era de suyo la empresa, porque de los siete concejales que debían elegirse para la renovación del ayuntamiento, no ofrecía

el alcalde más que tres puestos á los adversarios. Porfiaban éstos que querían cinco, y en este regateo les sorprendió el elector independiente de que he hablado.

A su presencia turbóse el Alcalde, y viendo en su imaginación llover electores sobre el colegio seguidos del notario para que diese testimonio del escrutinio, por si no se jugaba limpio, cedió en el acto á las exigencias del contrario bando y se prestó á todo: que de leves causas proceden muchas veces las graves resoluciones y los sucesos trascendentales.

Conciliadas las opuestas parcialidades y convenida la fórmula, seis hombres de corazón hiciéronse fuertes en la estrecha escalera que daba acceso al colegio electoral, resueltos á defender aquel sagrado recinto de los ojos profanos, indiscretos ó curiosos que pretendiesen turbar la majestad del escrutinio; arrellanóse el Alcalde en la silla presidencial, repartió cigarrillos á los interventores, y dando un palo á la mesa con el bastón de autoridad, exclamó:

—¡Que vengan electores!

Entre tanto los secretarios procedían á la redacción del acta, en la cual aparecían como votantes cuantos electores arrojaba el censo, incluso los trasnochados, es decir, los difun-

tos; que aquella gente no reparaba en cosas de poca monta cuando tenía las manos en la masa.

VI.

Cantaba el gallo de San Pedro, claro indicio de que rayaba el día, cuando Santiago, puesto sobre su caballo blanco, que había recuperado sin ser de nadie visto, llegó al glasis del Alcázar celeste, defendido por una legión de ángeles que revoloteaban de aquí para allí gritando: ¡centinela alerta! y el lejano eco repetía: ¡centinela alerta!

—¿Quién vive?—gritó una voz, en cuanto el Apóstol se acercó al puente levadizo.

—El Paraíso,—contestó aquél.

—¿Qué gente?

—Santiago el Mayor.

—¡Alto! ¡Cabo de guardia!

Y salió la ronda menor, compuesta del cabo y de dos números, que eran gentiles mancebos resplandecientes de hermosura con unas alas muy anchas y extendidas, vestidos de blanco y finísimo ropaje, y blandiendo en la diestra sendas espadas que, á pesar de la tenue claridad del naciente día, brillaban como inextinguibles centellas.

El cabo pidió el santo, seña y contraseña, y

rindiólas el recién llegado, diciendo: «*Santo Espíritu, Espacio Eterno.*»

Previas estas formalidades que prescribe la celestial ordenanza, se fué el cabo á prevenir al oficial de guardia, y éste á San Pedro, que á fuer de madrugador, merced á su gallo, en la muralla del venturoso Alcázar se estaba solazando.

Acudió solícito el Príncipe de los Apóstoles á abrir á su compañero, y exclamó:

—¿Ya de vuelta, querido Santiago?

—Aquí me tienes, Perico,—contestó éste, apeándose del caballo y estrechando entre sus brazos al portero mayor de la Gloria.

—Vamos, cuenta: ¿cómo te ha ido por allá?

—Llegué, y me prendieron.

—¿Y tú qué hiciste?

—Salirme de la cárcel por milagro. En España se suele salir así de semejante sitio.

—¿Y después?

—Traté de inculcar las nociones más rudimentarias de agricultura á gentes que no viven más que de ella.

—¿Y se convencieron?

—Se encogieron de hombros.

—¿Y te volviste?

—No. Tropecé con un rebaño conducido por lobos y quise persuadir á las ovejas de que eligiesen otros pastores.

—¿Y bien?

—Nada, que prefirieron seguir siendo comidas.

—Ya sabes que nunca he tenido fe en el sentido práctico de tus clientes; pero jamás creí que llegase hasta tal punto la insensatez humana.

—Más que insensatez descubrí en el fondo de todo una grande apatía intelectual. Gentes son las que encontré, que por ahorrarse el trabajo de pensar, dieran de buen grado al maestro de escuela que tenían, y aun todas las universidades de añadidura.

—Conozco el género. Son los hombres más difíciles de convertir: los holgazanes contumaces del entendimiento.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



DEL CIELO A ESPAÑA.

CUENTO.

SEGUNDA PARTE.

I.

SANTIAGO, por conducto del Arcángel San Miguel, jefe del cuarto militar de Dios Nuestro Señor, pidió una audiencia á Su Divina Majestad, y al día siguiente recibió un B. L. M., en el cual se le anunciaba que á las tres de la tarde sería introducido ante el trono del Altísimo.

—¡Ya de vuelta, Jaime!—exclamó el Topoderoso, al ver entrar al Apóstol.

—¡Bien venido!—dijo la Santísima Virgen, muy contenta del regreso de su predilecto devoto.—¿Cómo dejas á mis hijos los españoles?

—En cuanto á religiosos, que es lo principal, no hay nada que decir. Bien puedo asegurar á Vuestra Divina Majestad y á su excelsa Madre que, á despecho de las maquinaciones del enemigo malo, la veneración, el amor y la popularidad de que somos objeto en aquella bendita tierra no menguan ni se debilitan, antes más bien parece que se afianzan y robustecen de día en día.

—¿Y en cuanto á lo demás?—preguntó el Omnipotente.

—Señor,—contestó el Santo, algo turbado, porque siendo tan amante de España no se atrevía á decir nada en su menoscabo,—confieso que en mi patria adoptiva quedan algunas cosillas por arreglar, y que los poderes que obtuve de Vuestra Divina Majestad no dieron el resultado apetecido.

—Si Yo pudiese dudar de algo,—dijo el Eterno,—nunca hubiera tenido confianza en el éxito de tu empresa. Ya lo has visto por tus propios ojos. Aquella es gente incorregible en las cosas terrenas, y por lo tanto hablemos de asuntos menos enojosos...

—Señor, implorando la misericordia infinita de Vuestra Divina Majestad, le ruego encarecidamente que se sirva oirme, porque no he perdido del todo la esperanza...

—¿Qué esperanza, Jaime? ¡Por Mí, ponte

en razón! ¿Crees posible que aquellas gentes se corrijan? Ni por milagro.

—¡Ah, Señor! Si yo pudiese siquiera hacer uno, moviendo y forzando la voluntad del Gobierno que rige á mis clientes, ¿cuán felices no serían éstos?

—Ya sabes que no quiero en manera alguna que se tuerza el libre albedrío de los hombres.

—¡Por una vez!—exclamó la Virgen María.

—Pues bueno; sea. Basta que me lo pida mi adorada Madre. Vuelve á España, Jaime; hazte invisible, estudia á los españoles, infórmate de sus deseos, líbrales de lo que más censuren y otórgales lo que ambicionen. Al efecto doyte la facultad de rendir á tu antojo, mas por una sola vez, la voluntad del poder supremo de la nación, y si te arrepintieres del resultado de tu propia obra, concédote el don de anularla por completo.

—¡Señor!—exclamó Santiago, con grandes muestras de regocijo;—¡se lo agradeceré toda mi eternidad! Gracias, gracias, Dios mío.

Y dirigiéndose á Nuestra Señora, añadió:

—¡Gracias, oh tú, la más bendita de las mujeres!

—Vé conmigo, y hasta la vuelta.

—Adiós, Santiago,—dijo la Reina de los Angeles.

Y el Apóstol, haciendo genuflexiones, salió del salón del Trono, acompañado del Arcángel San Rafael, Grande del Paraíso, de primera clase, ayudante de campo de Su Divina Majestad é introductor de Santos.

II.

A pie salió esta vez de la celeste mansión el abogado de España, y emprendiendo el camino del sistema solar, echó una ojeada á los diferentes planetas que giran en torno del astro del día. Pronto distinguió al nuestro por la luz azulada que despide, y dirigiendo á él sus pasos, detúvose á cosa de 20.000 kilómetros de buen andar, del término de su cósmico viaje. A distancia semejante, parecía el globo terrestre tan grande como la bóveda del cielo vista desde una eminencia de la Tierra. En aquella sazón, puesto el Santo de espaldas al Sol, vió ante sí el hemisferio del Nuevo Continente, que destacábase brillante en medio de las manchas oscuras formadas por los Océanos Atlántico y Pacífico. La América parecía un inmenso pie, cuya punta amenazaba al Mundo Antiguo, el cual asomó después por la izquierda. Aparecieron primero: hacia el Norte la Rusia asiática, al

Sur la Australia y Nueva Guinea en el Ecuador, luégo el Japón y las islas Filipinas, y sucesivamente China, Borneo, los Estrechos, la Indo-China, el Indostán, la Arabia y la costa oriental de Africa.

De pronto, púsose el Apóstol de rodillas en medio de la inmensidad del espacio, extendió los brazos y dobló la frente en señal de profundísima veneración: en aquel momento presentábase á su vista la Tierra Santa.

Rusia, Turquía, Austria, Alemania, el Africa Central, Italia, Francia, mostráronse después, y por fin, la Península Ibérica á manera de una gran piel de toro. Destacábase en medio de ella un punto apenas perceptible junto á una línea oscura formada por los valles de la Cordillera Carpetana: aquel punto era Madrid.

Entonces Santiago quedó invisible, y siguiendo su viaje, no paró hasta hacer pie en la Puerta del Sol.

III.

A decir verdad, lector benévolo que has llegado hasta este punto de la narración de mi cuento, desesperé de darle fin, pues si bien me hallaba en la corte de España cuando estuvo en ella nuestro Santo Patrón, no parecía sino que mi memoria, de suyo flaca y endeble, ni aun reminiscencias conservaba de los sucesos á que dió lugar tan extraordinario acontecimiento.

En vano con diligente solicitud traté de buscar y adquirir informes; en vano consulté las colecciones de los periódicos, que en estos tiempos son la crónica más ó menos concienzuda y verídica de los sucesos; en vano apelé al testimonio de mis convecinos: los primeros guardaban profundo silencio, y los últimos juzgábanme fuera de juicio cuando les preguntaba:—¿Presenciaron VV. lo que pasó en Madrid cuando vino Santiago?

Resuelto estaba ya á no escribir la segunda parte de este cuento, conseja ó pasatiempo infantil, como quieras llamarlo, porque no hallaba medio de darle remate, cuando una noche, olvidado ya este asunto, soñé lo que á continuación vas á leer. Si tienes la pa-

ciencia de llegar hasta el fin, sabrás la causa de que nadie recuerde el peregrino suceso que voy á referirte, á pesar de que acaeció en época muy reciente.

Parece ser que Santiago estuvo varios días en Madrid y en otras poblaciones de la Península, y conservando el riguroso incógnito de su invisibilidad, dedicóse con especial cuidado á averiguar los pensamientos y deseos de la mayoría de los españoles en los asuntos concernientes á la cosa pública.

«¿De qué se quejan estas gentes? decía para sí después de maduro examen.—Del Ministerio, sea el que fuere, y de cuanto de él depende.

»¿Qué ambicionan?—Vivir á costa del presupuesto, gozando del mayor sueldo y del menor trabajo posibles.

»Pues suprimamos lo primero y demos la mayor extensión imaginable á las clases pasivas. Si faltan recursos pecuniarios, yo puedo proporcionarlos inagotables.»

Hecho este razonamiento, llevó á efecto el milagro más sorprendente que imaginarse puede.

Facultado por Dios Nuestro Señor para realizar uno, forzando y moviendo la voluntad del Gobierno, una noche en que se celebraba Consejo de Ministros presidido por el

Rey, entróse bonitamente en la Cámara real, y disponiendo del albedrío de cuantos allí estaban, hizo que aquéllos sometieran al Monarca, y éste aprobase, el siguiente

«REAL DECRETO.

»De acuerdo con el Consejo de Ministros,
»Vengo en jubilar, con el haber de 30.000 pesetas anuales, á todos los funcionarios que cobran del Estado y de las Corporaciones populares, y en conceder la licencia absoluta, el retiro y la situación de reserva respectivamente á los soldados, oficiales, jefes y generales de todas las armas é institutos, con el mismo haber de 30.000 pesetas.

»Vengo en conceder una pensión vitalicia anual de 30.000 pesetas á todos los españoles de ambos sexos no comprendidos en el párrafo anterior.

»Dado en Palacio á 29 de febrero de 1881.
—ALFONSO.—El Presidente del Consejo de Ministros, *Práxedes Mateo Sagasta.*»

IV.

Este decreto, firmado por el Rey en la madrugada del 29 de febrero, apareció en la *Gaceta de Madrid* repartida al amanecer del mismo día.

La nueva de la disposición oficial cundió por la corte con la rapidez del rayo. Los barrereros de la Villa, ebrios de gozo, abandonaron al punto su matutina faena para entregarse á copiosas libaciones á cuenta de la jubilación; las plaseras, arrojando las mercancías al arroyo, desgañitábanse dando desaforados vivas al Gobierno por la merced recibida; las criadas de servir tiraban los cestos de la compra, y las más acudían presurosas á los alrededores de los cuarteles para cerciorarse de que la gracia era extensiva al elemento militar; los soldados, licenciados por sus jefes, dejaban los fusiles para fraternizar con aquéllas; los cocheros de plaza despedían á los viajeros, y confiando los vehículos al instinto de los caballos, se declaraban en huelga; retirábanse los alguaciles y agentes de orden público, considerándose jubilados; muchos de los habituales concurrentes á los garitos no corrían, volaban en

busca de usureros que les prestaran algunas sumas con retención de la paga; aparecían en las puertas de las tiendas rótulos diciendo: *Cerrada por cesación de comercio*; parábanse las fábricas y los talleres; quedábanse las casas sin criados ni porteros, los Ministerios huérfanos de empleados y hasta de pretendientes; detenidos los trenes en las estaciones por falta de personal; y solitarias la Universidad y las escuelas; en fin, nadie quería dedicarse al trabajo, creyendo su subsistencia asegurada con las 30.000 pesetas anuales.

Varios prestamistas, sin embargo, de suyo codiciosos, creyeron que aquella era la ocasión propicia de estrujar al prójimo, y pusieron grandes carteles, escritos á mano, porque no había ninguna imprenta abierta, anunciando que daban dinero sobre pensiones. Al punto sus casas fueron un jubileo, y á medida que la demanda aumentaba, por la ley natural de las transacciones, el interés del dinero fué subiendo hasta llegar á 5.000 por 100.

Trataron los periódicos de dar un suplemento; pero ¿cómo, si no se encontraba un cajista por un ojo de la cara? Por favor especial un diario popular consiguió reunir tres de aquéllos y dos marcadores, pero tuvo que

pagar á duro la línea y á peseta cada ejemplar de la tirada.

Seguían entretanto sin lumbre los hogares, y eran pocos los madrileños que habían conseguido desayunarse. En vano acudían muchos á las fondas, cafés y tabernas; los dueños se habían visto obligados á cerrar sus establecimientos hallándose sin camareros y con las provisiones agotadas.

A todo esto dieron las dos de la tarde, y Madrid tenía hambre, pero hambre de rico, y para satisfacerla no quedaba más recurso que apelar á la violencia. «¡A saquear las tahonas y las lonjas de ultramarinos!» gritaban algunos, y la cuestión de orden público se presentaba imponente y aterradora. Mas el pueblo, contenido aún por la gratitud, siendo tan reciente el beneficio que debía al Poder, oponíase á todo procedimiento de fuerza. ¿Qué hacer? No había autoridades; todas estaban jubiladas.

«¡Acudamos al Rey!» dijeron algunos; y la muchedumbre que recorría las calles encaminóse á la Plaza de Oriente.

El Monarca se asomó al balcón que cae sobre la puerta del Príncipe y la mirante turba prorrumpió en atronadoras aclamaciones.

Una comisión representando al pueblo allí

congregado subió á las reales habitaciones para pedir al Soberano que nombrase autoridades; pero había surgido un conflicto constitucional irresoluble. En virtud del Código fundamental, los mandatos del Rey no pueden llevarse á efecto si no están refrendados por un Ministro. No existía ninguno desde que el Gabinete Sagasta había sido jubilado, como los demás funcionarios públicos, y por lo tanto no había medio de que la Corona hiciera uso de su libérrima prerrogativa.

Persuadióse la plebe de que pedía un imposible estando vigente la Constitución, y creyó llegado el caso de poner en obra el supremo recurso de la fuerza para hacer entrar en razón á los abastecedores de comestibles que habían renunciado á su industria, en virtud de una libertad individual que se reconocía á los demás ciudadanos.

Mas como sucede en estos casos de justicias populares, en el asalto de las tahonas, lonjas y tabernas fueron más los productos alimenticios y el vino que se perdieron lastimosamente, que los que llegaron á la boca de la mayoría de los madrileños, la cual, ya entrada la noche, seguía desfallecida de hambre, mientras que los más fuertes y atrevidos desperzábanse de puro hartos.

Y á todo esto, Madrid estaba sepultado en

la oscuridad más profunda, porque aquella no era noche de luna (1), y los empleados del gas se habían declarado en huelga.

Recorrían las gentes las calles á tientas, dando y recibiendo sendos tropezones, y las más de aquellas deseando ver el término de situación tan crítica y angustiosa, encaminábanse á la Plaza de Oriente para hacer una manifestación respetuosa contra el párrafo segundo del art. 49 de la Constitución del Estado (2), y suplicar al Rey que convocase Cortes, y en unión y de acuerdo con éstas, decretase y sancionase una adición á la Constitución para poder suspender siquiera por una vez los efectos de dicho artículo.

Mas ¿cómo se expedía el decreto de convocatoria sin faltar al precepto constitucional, no existiendo Ministro que lo refrendase?

La situación no podía, pues, resolverse por los trámites legales.

Los presidentes de las Cámaras, á la sazón

(1) El día anterior á los 11 y 18 minutos de la mañana había sido luna nueva. Quien dude de la veracidad de este detalle puede consultar el calendario de dicho año.

(2) Dice así: «Ningún mandato del Rey puede llevarse á efecto si no está refrendado por un Ministro, que por solo este hecho se hace responsable.»

suspendidas, fueron llamados á Palacio para que emitiesen su opinión.

Ambos, empleando una frase de un célebre ex-ministro, se encogían de hombros y se limitaban á decir: «Las cosas se resuelven por sí mismas.»

Así fué; porque Santiago, autorizado por Dios para anular su milagro, deseoso de que no se infringiese una vez más un precepto constitucional, y persuadido de que la felicidad de los españoles no dependía del presupuesto, ni aun disponiendo éste de recursos inagotables, hizo que al dar la primera campanada de las doce de la noche, todo el mundo olvidase lo que había sucedido durante el 29 de febrero y que volviesen las cosas al mismo ser y estado que tenían al terminar el día anterior.

En prueba de ello, si tú, lector, que has llegado hasta el final de este cuento te tomas la molestia de ojear la colección de la *Gaceta de Madrid*, verás que falta el número de dicho día, del cual no ha quedado ninguna huella en los anales de la Historia.

FIN DEL CUENTO.



DOS NACIONES HERMANAS.

QUE es á todas luces evidente la necesidad de unir en estrechísimos vínculos las dos naciones que constituyen la Península ibérica, inútil sería demostrarlo si nos dirigiésemos tan sólo á los españoles, porque está en la conciencia de cuantos, posponiendo estrechas miras, se inspiran en un noble y desinteresado sentimiento de patriotismo.

En el vecino reino, ¿á qué negarlo?, los partidarios de una inteligencia con España muestran cierto recelo, cediendo al temor de que la fraternidad degenera en unión absorbente, en menoscabo de la independencia y de la autonomía portuguesas, por las cuales tan susceptible se revela siempre la opinión

pública de aquel país en sus varias y diversas manifestaciones.

La fuerza incontrastable de las cosas impone, sin embargo, una solución al problema pendiente, y los españoles, abandonando el terreno de los ideales irrealizables, debemos abrir el camino que nos conduzca á una, práctica, positiva, de interés recíproco y del agrado de nuestros hermanos del Occidente de la Península.

Ni la fusión de ambas nacionalidades, á ejemplo de la que hemos visto realizarse en la Península italiana, ni siquiera el establecimiento de un régimen federal, parecido al que posteriormente se ha inaugurado en Alemania, caben en lo posible, y cuantos abogan por cualquiera de estos procedimientos, no hacen más que ahondar la división entre dos pueblos, hermanos por la naturaleza, por las costumbres, por la religión y por la historia.

Los portugueses, aparte de consideraciones muy respetables tratándose de una nación de gloriosísimos recuerdos, creen que, lejos de obtener ventajas con la fusión de ambas nacionalidades, el resultado sería para ellos de funestas consecuencias, así bajo el punto de vista administrativo, como de sus intereses materiales.

Y sobre esto, juzgando con imparcial criterio, debemos reconocer que nuestros vecinos no andan del todo desacertados; pues por deficiente que sea la administración pública en el reino lusitano, la nuestra no ofrece, por desgracia, un modelo digno de envidia; en lo cual estarán, de seguro, conformes la mayoría de los habitantes de España, agobiados bajo el peso de impuestos, no siempre bien repartidos, y víctimas constantes del reglamentarismo arbitrario, del perpetuo y caprichoso expedienteo y de la inercia de una burocracia mudable é incompetente.

En cuanto á la parte política, aunque predomina en la desembocadura del Tajo el espíritu personal y de bandería, no es, ciertamente, edificante el espectáculo que ofrece nuestra España, donde vemos sacrificados los más altos intereses del Estado, la pureza de los principios y la sinceridad de los procedimientos, en aras de conveniencias individuales, de necesidades transitorias y del instinto de conservación de los gobiernos.

¿Qué podríamos ofrecer á los portugueses á trueque de la pérdida de su gloriosa nacionalidad?

Respetémosla, pues, con firme y leal propósito, y alcemos nuestra voz en demanda

de una perenne alianza exterior y comercial, cuya necesidad cada vez se impone con más fuerza.

Después de las notables trasformaciones operadas en Europa; después de la constitución de las grandes nacionalidades, se ha perturbado el equilibrio del Continente, y los pequeños Estados sólo pueden vivir á costa de la ajena benevolencia.

Mas, aun suponiendo que las rivalidades de los poderosos asegurasen la independencia de los débiles, al cabo, si no en el orden político, en el económico, serían éstos víctimas de aquéllos; pues en la lucha de intereses mercantiles é industriales que se está iniciando para la celebración de tratados de comercio, tiende á prevalecer la razón del más fuerte sobre el equitativo espíritu de la reciprocidad.

A estas consideraciones sobre la precaria situación de los Estados pequeños, hay que añadir la especial circunstancia en que se halla el vecino reino, dueño de un imperio colonial amenazado por la rapacidad de vecinos poderosos, sobre todo cuando el exceso de la producción europea busca la apertura de nuevos mercados en Asia y Africa; y, por lo tanto, deben meditar los portugueses acerca de los peligros, en una época cercana, de

perder el fruto de sus gloriosos descubrimientos (1).

Hállase España en mejores condiciones que su hermana de la Península para defender la integridad de sus provincias ultramarinas, no sólo por su mayor fuerza, sino también, y muy especialmente, por componerse aquéllas de islas, cuando las principales colonias lusitanas se encuentran enclavadas en tierra firme.

Si para Portugal es de grande importancia una estrecha liga con la nación española para la defensa de sus territorios africanos y asiáticos, nosotros, en cambio, necesitamos su alianza para poner la Península á cubierto de cualquier ataque exterior, separándonos de aquel reino una extensa línea sin fronteras naturales apenas, y sobre todo, para adquirir en los consejos europeos la preponderancia á que nos dan derecho la extensión territorial, la población y el incontestable renacimiento de nuestra patria.

Poderosas razones en el orden político aconsejan, pues, una íntima inteligencia entre los dos pueblos peninsulares.

(1) Este artículo se publicó en *La Ilustración Española y Americana* un año antes de la Conferencia de Berlín sobre el Congo.

En cuanto al económico, basta tener en cuenta que, abiertos nuevos ferrocarriles entre ambos países, cada día preséntase mayor la solidaridad de intereses. Las provincias septentrionales de Portugal necesitan á Vigo para su comercio de importación y de exportación, así como Lisboa es el puerto natural de Extremadura y de una parte de Castilla.

¿Cómo fusionar de una manera equitativa y prudente los intereses mercantiles de toda la Península?

La semejanza de los productos del suelo, la mutua conveniencia, el ejemplo dado por otros países que se hallan en condiciones análogas, y hasta la economía en la supresión de una vasta frontera fiscal, revelan claramente la solución que debe buscarse con ahinco: la liga aduanera, ó el *Zollverein*.

En prueba de la economía que habría de reportar al erario de las dos naciones la abolición del resguardo terrestre que existe entre ambas, baste decir que actualmente cuesta á Portugal unos ocho millones de pesetas. Suponiendo que España gaste la misma suma, desde luego obtendríase un beneficio anual de diez y seis millones.

Grandes dificultades opónense á la liga aduanera, de las cuales acaso es la mayor la resistencia á las innovaciones por parte de

los hacendistas de uno y otro país; pero fácilmente podrían vencerse si, ilustrada la opinión pública y persuadida de las indudables ventajas del sistema, impusiérase sobre el espíritu de rutina de unos, sobre las añejas preocupaciones de otros, y quizás sobre la indolencia contumaz de los hombres de Estado, más atentos á las necesidades transitorias de la vida del poder que á los grandes problemas políticos, sociales y económicos, que asoman en los horizontes de la época presente.

La cuestión arancelaria no ofrece, por cierto, dificultad insuperable por parte de España, si se tienen en cuenta las elevadas tarifas que rigen en el reino vecino, ni lastima los intereses de la inmensa mayoría de los industriales. Lejos de ser así, estamos persuadidos de que después de estudiar detenidamente el asunto, acogerían éstos con verdadero entusiasmo una solución á todas luces ventajosa á sus propios intereses y á los generales de la Península.

El obstáculo acaso mayor por parte de los hacendistas españoles, sería el relativo al estanco del tabaco.

En Portugal era antes monopolizado este artículo por el Gobierno, produciendo á las arcas públicas una suma anual de doce mi-

llones de pesetas, próximamente. Decretóse después su libre venta, pagando fuertes derechos de introducción, y desde entonces se recaudan por este último concepto unos quince millones de pesetas al año; es decir, tres millones más que con el estanco.

A pesar de este ejemplo, que prueba la bondad del cambio de sistema, estamos persuadidos de que muchas de las personas que se dedican en España á las cuestiones de Hacienda, seducidas por la cifra de ochenta millones de pesetas que ingresan en el Tesoro con el estanco del tabaco, considerarían peligrosa toda innovación, fundándose en la deficiencia de nuestro resguardo terrestre y marítimo, en la índole especial de este país, donde está pervertido el sentido moral en materia de contrabando, y en otras razones de índole más secundaria que se aducen por los defensores de la indicada renta en la forma actualmente establecida.

A ellas podríamos contestar que la experiencia ha demostrado plenamente que ninguna industria explotada por el Estado, por mucha que sea la aptitud, inteligencia y honradez de sus funcionarios, podrá competir con aquellas debidas á la iniciativa individual; que ninguna de las rentas ha sido objeto de mayores censuras é invectivas por

parte de la opinión pública en España, que la del tabaco; que un interés nacional nos aconseja proteger la importación y el consumo del tabaco de nuestras provincias antillanas, Filipinas y Canarias, y en fin, que con el estanco han resultado siempre perjudicados los incomparables productos de aquellas posesiones, y en particular de Cuba y Puerto Rico, y favorecidos los de los Estados Unidos, en donde se designa en el comercio con el nombre de *tabaco para España*, al de desecho ó de calidad más ínfima.

Mas, aunque no fueran estos argumentos bastante poderosos para intentar el desestanco, ¿deberíamos detenernos un momento si merced á él conseguíamos la unión aduanera hispano-portuguesa?

¡Cuántos y cuán inmensos beneficios no reportaría á los dos pueblos la abolición de los comunes linderos fiscales! Además de la economía del resguardo en una extensión de difícil vigilancia, adquirirían grande impulso las transacciones mercantiles; las industrias establecidas, particularmente en el Norte de Portugal, hallarían fácil salida en Galicia y Extremadura; abriríase á la fabril Cataluña un mercado de cerca de cinco millones de habitantes, monopolizado en el día por los ingleses, donde se podría competir ventajo-

samente con éstos; sin las trabas fiscales del tránsito, desarrollaría en grande escala el comercio terrestre, y en cuanto al marítimo, todos los buques que hacen escala en los principales puertos españoles, desde Bilbao á Barcelona, tendrían entonces interés en el cabotaje con Portugal; nuestras grandes líneas de vapores entre España y las Antillas y Filipinas arribarían á Lisboa, y en fin, los dos pueblos peninsulares, con su envidiable posición geográfica y sus dilatados dominios en las cinco partes del mundo, hallarían en la unión aduanera vasto campo á la actividad de sus hijos para fomentar los veneros de riqueza, en mucha parte explotados hoy por extraños, y en una estrecha alianza política, infranqueable barrera á la ajena codicia ó á la interesada protección de los poderosos.

Siglo es éste en que las tendencias utilitarias sobrepónense á las preocupaciones económicas y á las teorías políticas. Busquemos en los resultados prácticos la solución de la conveniencia presente, y no en el inflexible espíritu de escuela ni en el inveterado instinto de rutina. No seamos sordos al bien, llevados del perezoso temor de no alcanzarlo, ni nos dejemos arrastrar por el febril deseo de acometer empresas superiores al propio esfuerzo.

La solución del gran problema económico en que estriba el porvenir de las dos naciones hermanas es una perentoria necesidad, y urge encontrarla. El *Zollverein* alemán nos ofrece fórmulas prácticas y equitativas.

Nuestra aspiración de hoy debe ser borrar la frontera fiscal: la de mañana, una alianza estrecha é indestructible.

Marchemos en pos de tan altos fines, sin abatirnos ante la indiferencia escéptica, ni arredrarnos ante la oposición egoísta, ni detenernos ante la suspicacia malévola.

Y mientras pedimos una aduana común y una misma política en el exterior, demos toda clase de garantías á la independencia de Portugal, porque aquel pueblo glorioso quiere ser el hermano de España; no el hijo.



LA VERDAD DESNUDA.

PRIMERO fuí bachiller, lo cual basta y sobra para ser hombre político, empleado después, que es lo mismo que decir español; pero le salió un sobrino á un subsecretario amante de su familia, y entonces la mano despiadada del destino me privó del mío.

Aburrido y cansado de pretender; con el hambre de media España, es decir, hambre de cesante; perdida por completo la esperanza de recoger una nueva credencial, vine á parar al bajo y humilde oficio de trapero: al fin todo es recoger.

Discurría por mi barrio noches pasadas, tartamudo en el andar, como quien va á pie por las engujarradas calles de Madrid, fija la vista en el suelo como doncella de antaño,

con más pensamientos y cavilaciones que un Ministro de Hacienda al preparar los presupuestos, con un gancho en la mano á guisa de fundador de sociedad de crédito, y con una carga al hombro más pesada que la de un marido con hijos muchos, esperanzas pocas y un empleo pretérito.

—¿Será posible, decía para mí, que la suerte no me depare algún venturoso hallazgo como el que tanto alegró el corazón de Sancho Panza en el de Sierra Morena? ¿Acaso ya no hay quien pierda el seso por mal de amores, hasta el punto de abandonar una maleta con un buen montoncillo de escudos de oro? ¡Oh felicísimo Sancho, que tras repetidos palos y aporreamientos, viniste á dar, si no con el verdadero fin de tus esperanzas, con algo que las hacía más llevaderas!

Pero ya que lo limitado de mis pensamientos no despierta en mí el deseo del gobierno de una ínsula, pretensión, por otra parte, fácil y hacedera en los benditos tiempos que corremos, otórgame al menos ¡oh destino! si es que tengo alguno, cosa que alivie la escasez que estoy sufriendo.

Años ha que, imagen verdadera del que va en pos de la constancia de una mujer, de la fidelidad de un amigo, de la gratitud de

un deudor y de la baratura de un Gobierno, recorro las calles de la corte buscando lo que no encuentro. En mal hora y en menguados tiempos vine al mundo.

Rendido por el cansancio solté el cesto que sustentaban mis hombros, y ocultándome á las recelosas miradas del sereno, que con sus ronquidos daba claros indicios de la vigilancia urbana, sentéme en el batiente de un portal, y alargando el gancho comencé á revolver los varios y diversos objetos que en el cesto traía.

—¡Oh, si hablaran, exclamé fijando en ellos mis ojos, qué de cosas dirían! ¿Qué sería escuchar esta faja de Gobernador, condenada al desprecio por el uso? ¿Qué este pedazo de sable, acaso en cien pronunciamientos desenvainado? ¿Qué esta pluma, vendida tal vez al mejor postor? ¿Qué esta charretera, quizás por no muy gloriosos caminos alcanzada? ¿Qué esta espuela, acaso testigo mudo y auxiliar poderoso de fugas vergonzosas? ¿Qué no dirían tantos despojos aquí aglomerados, revueltos y confundidos?... ¡Ah, si la verdad no anduviese tan escondida ó con tanto artificio disfrazada!

.

Mis párpados se fueron cerrando insensi-

blemente. El ayuno prolongado, que avivaba en mi memoria el dulce recuerdo del bien perdido, y la frescura precursora de la mañana, que yo, enemigo de la luz, veía acercarse como la nube preñada de granizo el labriego, como al recaudador de impuestos el propietario ó el industrial, como el vencimiento del cupón el Ministro de Hacienda, fueron parte para que me asaltase un sueño profundísimo.

Acababa de cerrar los ojos, cuando imaginé que se alzaba del fondo de mi cesto una figura de humanas formas. Mortal palidez cubría su semblante, una sonrisa helada vagaba en sus labios, sus ojos brillaban con la claridad de los astros, y su continente era tranquilo y mesurado.

Dirigióme una mirada grave y compasiva, y con voz clara y sonora se expresó de esta suerte:

—Yo soy la Verdad, por muchos pretendida, pero por pocos buscada con amor. Nací libre, pero la mano del hombre me sujeta á dura opresión y martirio. Ora al despótico yugo me sujetan, ora me disfrazan hasta confundirme con la mentira. Me viste con el traje de la virtud la mujer infiel; con afeites me acicala la entrada en años; me oculta con la máscara del patriotismo el mercader polí-

tico, y con la de la libertad, el ambicioso que quiere encumbrarse por torcidos caminos. Con fiera crueldad me sacrifican pomposos anuncios que ofrecen oro á manos llenas; palabras deleitosas que arrullan el oído cortesano, y pensamientos que al calor de la ardiente imaginación se fraguan.

Soy poderosa y bella; pero pocos se avasallan á mi imperio y rinden culto á mi hermosura deslumbradora. Muchos me siguen cuando alzo el vuelo á altísimas regiones y dejo en pos de mí los lindes terrenales; pero ¿quién puede gloriarse de conocerme siempre?

¿Pretendiste oír mi voz? ¿Has querido que salga del fondo de tu cesto miserable? Aquí me tienes. Yo te diré cuanto saber deseas. ¡La escoria social presentaré á tu vista: el ladrón que roba y es ensalzado; el que alevemata y en medio de la opulencia vive; el perjurio que inspira confianza con el testimonio divino; el que con sangre humana comercia; el que seduce á la virtud y trafica con el vicio: cuantas miserias echan raíces á la sombra de la ambición y de la codicia!

Antes, empero, ya que quieres conocer historias ajenas, debes comenzar por recordar la propia.

Pobres y honrados padres diéronte al mun-

do, y por no ser lo primero, tuviste á menos la virtud que te legaron. El ejemplo de locas ambiciones satisfechas, de rápidos encumbra- mientos, en los que el mérito no tuvo parte, la fueron grande para que la envidia, por la ruindad de tus pensamientos concebida, hi- ciera remontar el vuelo de tu vana pre- sunción y estúpida arrogancia. Distes oídos á los seductores halagos del interés, y á él sacrificaste el pundonor; codiciaste el bien ajeno y perdiste el propio al azar; contrajiste deudas sagradas, profanando la palabra con el torpe propósito de no cumplirla; atento sólo al logro del deseo inmoderado, renun- ciaste al apacible goce de la paz del alma, y al verte ahora abandonado de la fortuna, miserable y harapiento, condenado á una existencia triste y errante, sueñas aún en la dicha. ¡Vana quimera! ¡Consuelo que en- gendra la desesperación! ¡Inútil porfía!

—¡Basta, basta! exclamé intentando apar- tar de mí aquella visión. ¡Más me valiera no haberte conocido!...

Los primeros rayos del sol, dando de lleno en mi rostro, me despertaron.

Recogí el cesto, y retirándome á mi buhar- dilla, decía para mí:

—Mis ilusiones se parecen á las de muchos españoles, que comen á medias y huelgan

por entero: hasta tal punto les preocupa la esperanza de un destino, ó de un premio de la lotería.

¡Si sueñan alguna vez en el desengaño, no despiertan nunca con el sentimiento de la realidad!



INDICE.

	PÁGS.
El desastre de Inglaterra en 1910.	1
El triunfo de la igualdad.	21
Cuatro siglos de buen gobierno.	35
Un diálogo en el espacio.	67
La taza de leche.	75
El hombre único.	89
Del Cielo á España.—Primera parte.	101
Del Cielo á España.—Segunda parte.	127
Dos naciones hermanas.	141
La verdad desnuda.	153

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 2.

OBRAS DE FONDO.

PESETAS.

Arnao (Antonio) Gotas de rocío, un vol.	3
Becquer (Gustavo A.). Obras: Cuarta edición aumentada y corregida, tres tomos. (En prensa.)	
Blasco (Eusebio). Poesías festivas, un vol.	2 50
— Flaquezas humanas, un vol.	2
Campillo (Narciso). Nuevos cuentos, un vol.	2 50
Campoamor . El Ideísmo, un vol.	3
— El amor ó la muerte. Poema.	1
— El anillo de boda, un vol.	1
Daudet (Alfonso). Safo, traducción de E. López Bago, un vol.	3 50
Frontaura (Carlos). López y su mujer, un vol.	2
García Tassara (Gabriel). Poesías. Segunda edición, un vol.	7 50
Gil (Constantino). Derecho cómico conyugal, un vol.	3
— Cantos de un mudo, un vol.	2
— Los Postergados, un vol.	3
González Serrano (Urbano). Ensayos de crítica y de Filosofía, un vol.	3
— Cuestiones contemporáneas, un vol.	3
— Sociología científica, un vol.	2
Grilo (Antonio F.). Poesías. Segunda edición, un vol.	4
Heine . Poemas líricos, un vol.	2
López García (Bernardo). Poesías. Segunda edición, un vol.	6
Navarrete (José). En los montes de la Mancha, un vol.	3 50
— María de los Angeles, un vol.	4
— Las llaves del Estrecho, un vol.	3
— Sonrisas y lágrimas, un vol.	3
— Desde Vad-Ras á Sevilla, un vol.	1
Núñez de Arce (Gaspar). Gritos del combate, un vol.	4
Ortega Munilla . Cleopatra Pérez, un vol.	3
Palacio Valdés (Armando). El Señorito Octavio, un vol.	3
— Idilio de un enfermo, un vol.	4
Pardo Bazán (Emilia). Un viaje de novios, un vol.	3
— La tribuna, un vol.	3
— El Cisne de Vilamorta. (En prensa.)	
Picón (Jacinto Octavio). Hijastra del amor, un vol.	4
Ruiz Aguilera . Las estaciones del año. Poema.	1



BIBLIOTECA NACIONAL



1000577847

